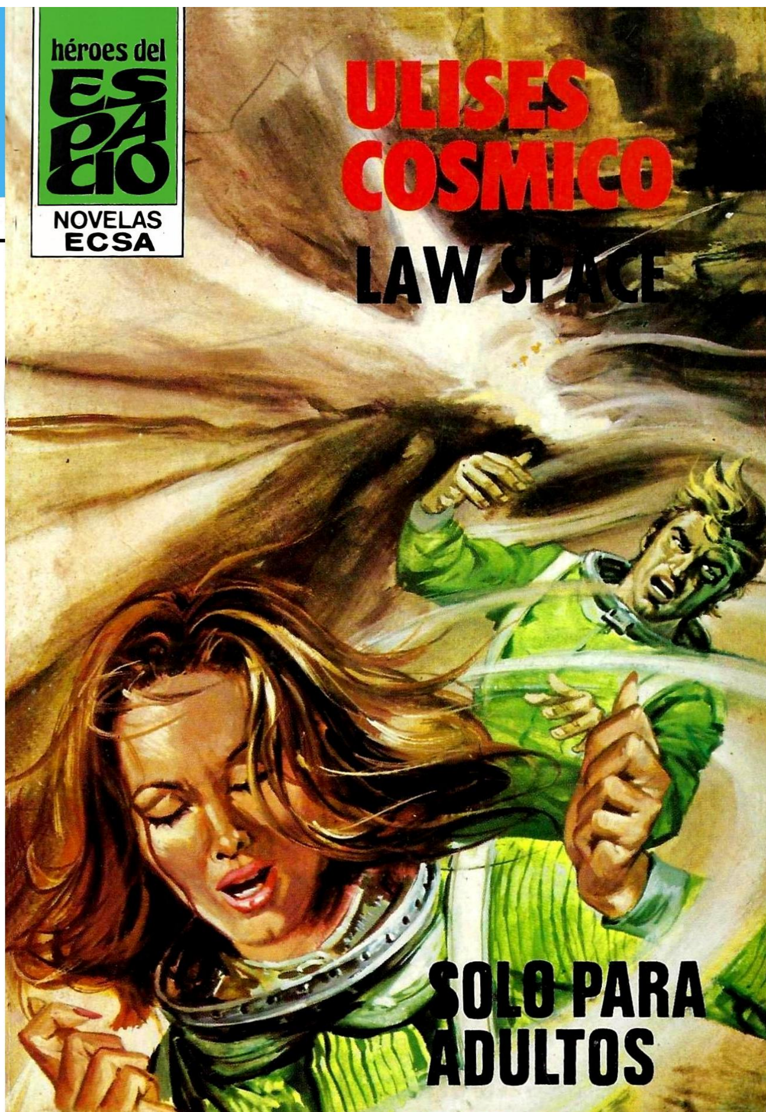

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
64
ULISES
COSMICO
LAW SPACE
Law Space
ULISES CÓSMICO
SOLO PARA
ADULTOS



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

LAW SPACE

ULISES CÓSMICO

Colección
HEROES DEL ESPACIO nº 64
Publicación
semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 16.230-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio. 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramurnt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona -
1981

Como Ulises, el Hombre, cada hombre se ha hecho atar al mástil del navío de su propia existencia. Las cuerdas que le mantienen unido al palo mayor, es su voluntad, su deseo de seguir siendo Hombre, su propósito de desoír los maléficos cantos de sirena que las Fuerzas Negativas lanzan sin cesar, invitándole —a cambio de insípidos placeres, falso poder y vacía riqueza— a perder la esencia de sí mismo.

Esas voces, cantos de sirena, no sólo llegan del mundo que circunda al hombre en su proximidad inmediata, sino que llegan también desde el Espacio.

Porque en el Universo entero, la lucha entre el Bien y el Mal proseguirá hasta que la fabulosa inteligencia del Hombre descubra la Verdad de su propio destino.

MOMENTO PRIMERO

Le condenaron.

La envidia forjó pruebas que le hacían culpable del mayor delito que en aquel mundo podía existir: «pensar». La actividad de cada cerebro debía limitarse a ocuparse de los problemas de cada día, dando las soluciones perfectamente previstas. Como cada paso, en el rodar espasmódico de los dientes de una rueda dentada, los pasos estaban medidos, calculados, sin el menor margen para el más pequeño error.

Se había conseguido esa felicidad vegetativa que proporciona el no pensar, en no temer en el segundo que se acerca; en saber, de forma cierta, que el mañana será semejante al hoy y parecido al ayer.

No había leyes drásticas ni medidas coercitivas. Todo iba maravillosamente bien en el mejor de los mundos.

El Hombre se había adormecido en un maravilloso nirvana. Se habían suprimido las revueltas, rebeliones o revoluciones. La guerra dejó de existir como argumento primitivo y salvaje.

Se había dejado, sencillamente, de «pensar».

¿Para qué hacerlo?, se preguntaban los legisladores de aquella Tierra del siglo XXX. La ciencia y la técnica habían terminado por proporcionar todo lo que la criatura humana podía desear.

Se controlaba el tiempo atmosférico, habiendo desaparecido para siempre la escasez o el hambre. Los hogares eran cómodos, el ambiente en su interior, ideal. Normas de convivencia cada vez más perfectas habían borrado las intranquilizadoras diferencias sociales.

Al pensar de otros tiempos, había sucedido el «elaborar ideativo de contenido absolutamente práctico»; es decir, cada

uno se ocupaba mentalmente de su labor, sin mayor complicación, de la misma manera que cada uno dedicaba sus ratos de ocio a sus aficiones o hobbies particulares.

¿Quién hubiera podido soñar un mundo más perfecto?

* * *

Por eso le condenaron.

Le estaban esperando en el Cosmódromo Central Interamericano. Como no existía policía ni fuerzas armadas, los Legisladores nombraron para tal misión a un grupo de ciudadanos que debía detener al culpable, sin preocuparse de más.

Detenerlo y conducirlo al Consejo General.

Lo demás no les incumbía en absoluto; además, ¿cómo iban a interesarse de algo si no pensaban?

Mucho después de que el detenido, que ahora lo era, saliera de la Tierra, en uno de los viajes que estaba acostumbrado a hacer, ya sospechaban los Legisladores de que Ulises Harry Cameron tenía la facultad de «pensar».

Y lo que era peor, de «escribir».

Hacía mucho, muchísimo tiempo que las imprentas dejaron de trabajar. Y los libros desaparecieron. Porque, a los ojos de los Legisladores, los libros eran «amigos del hombre», amigos íntimos, que invitaban a pensar.

Sabían que un hombre y un libro forman una maravillosa pareja, y que entre ellos se crean secretos lazos de amistad y de convivencia.

Por eso se desterró la costumbre de leer. Poderosas máquinas, que transmitían a sofisticadas pantallas de los receptores de cada hogar, procuraban a millones de seres humanos una documentación «gráfica» más que suficiente. Sonido e imagen sustituyeron ventajosamente —a los ojos de

los Legisladores— a los viejos y peligrosos libros.

Las imágenes y el sonido proporcionaban toda la información y la cultura necesarias, y el hombre fue olvidando poco a poco aquellos raros signos que son los alfabetos, anulándose en su cerebro, por falta de uso, la facultad de su interpretación.

En una palabra: el hombre se olvidó de leer.

* * *

Ulises H. Cameron era un hombre distinto.

Para su fortuna, nació y creció en un lugar apartado, Hijo de colonos que se dedicaban a la explotación de una gran zona de cultivos, no hidropónicos —como habían soñado los viejos autores de ciencia ficción—, sino cultivos clásicos, con maquinaria supermoderna, pero viejos cultivos a la antigua usanza, ya que la contaminación y la polución habían desaparecido por completo, haciendo que el planeta azul —la Tierra— recobrase su pureza de siglos pasados.

Otro factor de suerte para Ulises fue su afición a aprender. En eso le facilitó la tarea el vivir lejos de las grandes ciudades, aglomeraciones limpias y ordenadas.

Estudió desde pequeño como un loco.

Nada le importó que la enseñanza le llegase por la pantalla de su visor. Se apuntó a todos los cursos a distancia que se daban, amplió estudios, y se abalanzó con verdadero frenesí sobre cada materia, adquiriendo hacia los veinte años de edad una cultura verdaderamente extraordinaria.

Dotado además de una habilidad formidable, de unas manos capaces de hacer de todo, de una imaginación sin parangón y de una paciencia de santo, llevó a cabo todos sus proyectos, y al cumplir los treinta años, había construido, durante quince, una cosmonave de reducido tamaño, pero dotado de adelantos que hubiesen sorprendido a los técnicos

más avanzados.

No le costó mucho obtener el permiso oficial para iniciar la serie de viajes que hicieron de él una criatura extraordinaria.

En realidad, los Legisladores no eran tiranos, ni muchísimo menos, además que apoyaban cualquier forma de iniciativa técnica.

Lo importante para ellos es que «nadie pensara».

Ni ellos mismos.

Ulises viajó mucho.

Durante cinco años terrestres, que nada tenían que ver con el «tiempo» cósmico, ya que consiguió moverse a casi la velocidad de la luz… y aún más aprisa, como iremos viendo, recorrió lugares que ninguna astronave, de los cientos de miles que iban y venían, había visitado jamás.

Nadie podía imaginar la clase de ser en la que Ulises se había convertido, pero sospechando que no pertenecía a la «especie humana», en el sentido que los Legisladores daban a este concepto, decidieron destruir aquella molesta facultad de pensar que habían descubierto en él.

* * *

No se molestaron en interrogarle.

Le colocaron, sentado, ante una complicada y poderosa máquina psicoanalizadora de la que estaban legítimamente orgullosos.

En las pantallas del mecanismo, apenas se apreció nada de lo que encerraba la mente de Ulises; sólo la sección de encefalografía de la máquina, detectó una actividad cerebral extraordinaria, lo que asustó de veras a los Legisladores.

Si aquel cerebro funcionaba a un ritmo increíble, ¿no era prueba patente de que pensaba?

Ferguson y Altein, los dos Legisladores encargados del examen, estaban ciertamente desorientados.

—No lo entiendo —dijo el primero—. Los paneles no nos han proporcionado ninguna imagen concreta.

—Igual me ocurre a mí —suspiró Altein—. Jamás ha ocurrido esto. Cuando colocamos a un sujeto en el asiento, y le ponemos el casco, empiezan a aparecer sus pensamientos, en forma de imágenes, sin que ningún mecanismo cerebral sea capaz de ocultar absolutamente nada.

—No hay duda que este hombre posee algún tipo de barrera que hace inefectiva la penetración de la máquina en su mente.

—¡Pero su actividad cerebral es formidable!

—Ese es precisamente el gran peligro que representa para nosotros.

Los dos hombres volvieron a contemplar el agitado trazado del análisis de las ondas cerebrales. El electroencefalograma ofrecía una complejidad y ritmos jamás conocidos.

—Una supermente —dijo.

—Desde luego.

Se mantuvieron callados durante un buen rato, mientras seguían el trazado, con el ceño fruncido y la expresión positivamente ensombrecida.

Luego, de repente, Ferguson rompió la quietud de la sala.

—Hay que tomar una determinación.

El otro se volvió, para mirarle, al tiempo que el esbozo de una sonrisa se pintaba en sus labios.

—No existe más que una —dijo con aire convencido.

—Ya lo sé. Pero albergaba 1a esperanza de poderle haber hecho una cura de mutación.

—Ni lo sueñes. Puedes mutar la mente de un ser, cuando conoces sus ideas, cuando las pantallas te enseñan lo que pasa

por su cerebro. Eso no ha ocurrido en este caso.

—No.

—¿Entonces?

El otro lanzó un suspiro.

—No hay otro remedio. Habremos de destruirle mentalmente..., ya que no podemos suprimirle físicamente.

—¡Ni pensarlo!

Porque ya no se mataba.

Toda clase de pena de muerte había sido suprimida hacía siglos. Nadie podía suprimir a nadie. Jamás hubiera pasado por la mente de un Legislador la peregrina idea de quitar la vida a otro ser humano.

Por algo, desde mediados del siglo XX, hacía cien años, los hombres habían descubierto la manera de aniquilar a una criatura sin necesidad de arrancarle la vida.

Con los progresos obtenidos después, era posible «disolver» el cerebro, hundiendo al reo en plena vida animal o más aún, vegetativa, evitando que su mente pudiera dañar a la paz mundial, a la «maravillosa» forma de vida que la Humanidad había conseguido.

Antes, como lo recordaban los Legisladores, los hombres habían utilizado las drogas y los procedimientos físicos, como el electroschock para conseguir un vacío total en la mente del sujeto.

Ahora aquello no era necesario.

Los psiquiatras del siglo XXX tenían a su disposición un mecanismo verdaderamente fabuloso.

El psycho-vacuum.

El «aspirador» de la energía mental, que dejaba el cráneo del sujeto tan vacío como si la masa cerebral se hubiera desprendido de cada célula y de cada fibra de asociación.

Una vez «hecho el vacío», el hombre o la mujer tratados por este procedimiento pasaban a «centros de reposo», donde

hasta que llegase su muerte natural, eran perfectamente cuidados y alimentados a cargo de los fondos a ese asunto destinados por la Federación Mundial de Legisladores.

Ferguson se frotó pensativamente el mentón.

—Entonces se lo entregaremos a Silvia.

—Eso es.

—Una docena de días en el psycho-vacuum serán suficientes. Después... ¡olvidaremos este asunto!

* * *

Al salir de su clase de matemáticas, evidentemente «explicada» por el viso-robot encargado de aquella cátedra, consistente, como todas, en la proyección de la correspondiente lección, y la recepción por vía sonora de las respuestas de los alumnos, Alina se sentía muy satisfecha de sí misma.

Había obtenido excelentes notas, que contempló sonriente en el computador del viso-robot, y mientras se dirigía al transportador neumático que iba a conducirla a su casa, pensaba que sólo le restaba un trimestre para obtener el título, que le permitiría trabajar, como especialista en supercomputadores universales, en el centro de investigación espacial de Houston.

Algunas otras ideas, al abandonar las concretas que se relacionaban con su profesión, afloraron a su mente mientras el transportador la llevaba a casa.

Acababa de cumplir los diecinueve años, y su madre no había dejado de advertirle que «ya era hora de convertirse en una verdadera mujer».

Sonrió.

Orientaba por su psycho-master, aparato que todo el mundo poseía en casa, había seguido, desde los diecisiete

años, algunas «curas de compensación sexual», yendo un par de veces por semana a algún establecimiento de «compensación erótica», como hacían generalmente todos los jóvenes, consiguiendo así, antes de conocer «de verdad» las relaciones heterosexuales, aminorar las tensiones emocionales.

La verdad era que entre los jóvenes que conocía, Alina no había encontrado ninguno que correspondiera al «esquema mental» que ella se había hecho de quien sería el compañero de su vida o, al menos, de parte de ella.

Tremendamente exigente, no halló en los de su edad ese «algo», tan impreciso que ella misma hubiera sido incapaz de definir, que andaba, consciente o inconscientemente buscando.

Lanzó un suspiro.

Tendría que seguir yendo a los centros de compensación erótica a pesar de la insistencia de su madre.

Además, el hecho de que su madre se hubiera separado de su marido —que ahora se había convertido en un Legislador—, le producía una sensación de inestabilidad en lo que se refería a su particular futuro.

¿Y si se equivocaba?

Sus ideas, respecto a la pareja, eran muy especiales. Y ella lo sabía; pero, al mismo tiempo, estaba tocada de una cierta dosis de tozudez, no estando dispuesta, al menos por el momento, a dar su brazo a torcer.

Cuando llegó a su casa —prefería hacer sus estudios en un centro colectivo que seguir los cursos ante el «robo-visor» de su domicilio—, su madre la estaba esperando, sentada ante la mesa, que el robot doméstico había dispuesto para el refrigerio de mediodía.

—¡Hola, mamá!

—¿Qué tal?

—Nueve sobre diez. ¡Estoy convertida en una estupenda

estudiante! ¿No lo crees así?

—La vanidad no te falta… —sonrió la mujer.

A sus cuarenta años, Silvia Walther conservaba una indudable frescura juvenil, aunque en sus ojos, verdes como los de su hija, parecían recubiertos de una nube de tristeza. También, a ambos lados de las comisuras de sus labios, así como en sus sienes, se dibujaban los finos trazos paralelos de multitud de arrugas, que los cosméticos no conseguían disimular siempre.

Alina se sentó frente a su madre; el tensor electrónico de su silla, al tomar asiento en ella, hizo que el robot doméstico apareciese, portador de las dos bandejas que contenían los «hors-d'oeuvre».

—¿Y tú, mamá? —inquirió la muchacha.

—Me han enviado un caso.

—¿Eh? —se asombró Alina.

—Así es.

—Pero ¡si llevas más de cuatro años sin hacer nada de eso!

—Y me alegro de no ocuparme más que de casos de recuperación. Nunca me gustó la sala donde guardamos el psycho-vacuum.

—¡Es horrible!

—Estoy de acuerdo contigo.

Algo brilló en los ojos de la joven.

—Mamá…

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte algo?

—¿De qué se trata esta vez?

—No es nada de lo que estás pensando. Quisiera, mamaíta…

—¿Y bien? ¿Terminas o no?

—Sí, allá voy… ¿Por qué no me dejas verle?

—¿A quién?

—A ese hombre al que vas... ¿o es una mujer?

—Es un hombre. Pero no te hagas ilusiones, cariño. ¡Por nada del mundo te llevaría conmigo!

—¿Por qué?

—¡Qué cosas dices! Escucha, pequeña: ¿has visto alguna vez a un ser humano que está dejando de serlo, lenta, paulatinamente?

—No, pero...

—Miras a sus ojos, y ves que se van apagando, como si su espíritu se extinguiese. Al mismo tiempo, sus facciones pierden la movilidad de una persona, parecen endurecerse, y el rostro entero se vuelve primitivo, hasta que cobra una apariencia puramente animal.

—¡Cielos!

—Así es, hija. Los procedimientos que se utilizaban hace un siglo eran, realmente, eficaces, pero jamás conseguían lo que se logra con el psycho-vacuum. Esta técnica destroza todo lo que la naturaleza consiguió en millones de años de evolución. Antes te he dicho que la criatura humana se convertía en un animal. Eso sería demasiado optimista, hijita, ya que en realidad, el ser regresa a una categoría meramente vegetal.

—Es espantoso.

—¿Y eso es lo que quieres ver? ¿Crees que tu madre lo hace con placer?

—Lo sé, mamá; pero dime, ¿cómo es él?

—No le he visto aún. He de ir esta tarde, a las cuatro.

—¿Dónde lo tienen?

—En un cuarto vigilado, en nuestro centro.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Por qué has de destruir su mente?

—No lo sé, pequeña. Yo me limito a hacer lo que me ordenan. De todas formas, por lo que conozco a los Legisladores, existirá, sin duda alguna, un motivo muy importante para que ellos hayan tomado esta determinación.

—¿Has… hecho eso muchas veces?

Silvia tardó unos segundos en contestar.

—Muy pocas —dijo luego con un hilo de voz—. Demasiado para mi gusto. Pero, a veces, hija mía, no hay más remedio. La seguridad de todos está en juego, y sería criminal para la comunidad el no anular esa clase de riesgo.

—Entonces, ¿no hay nada de hacer? ¿No vas a llevarme contigo?

—Decididamente, no.

Alina inclinó la cabeza, al tiempo que el robot doméstico retiraba los platos para continuar sirviendo.

De haber visto el brillo que aparecía en los ojos de su hija, Silvia Walther no hubiese estado tan tranquila como parecía.

MOMENTO SEGUNDO

Ulises se pasó las manos por los cortos cabellos, color cobre, que ornaban su cráneo perfectamente dolicocéfalo. Le habían obligado a desnudarse, más por investigar posibles escondites en su ropa, que por cualquier otro motivo.

Su cuerpo atlético, sin un gramo de más de grasa, se movía con soltura por la amplia estancia en la que le habían encerrado.

Tenía la piel quemada por los lejanos soles de los mundos

que había visitado, lo que realzaba la luz clara de sus ojos intensamente azules.

La estancia —su celda— era amplia, pero estaba casi tan desnuda como él. Un lecho de corte anatómico y una pequeña salita con una ducha, un lavabo y un wáter.

Ni una sola ventana, sólo la puerta, no muy grande, perfectamente disimulada por el espeso acolchado que cubría paredes y techo.

Una celda como la que se utilizó otrora para encerrar a los locos.

Recordando lo que habían intentado hacer con él, antes de internarle en aquel lugar, Ulises no pudo menos de esbozar una sonrisa irónica.

¿Qué creían poder hacerle con sus malditas máquinas?

¡Nada!

Cuando los hilos invisibles del analizador psíquico penetraron en su cerebro, Ulises se limitó a alzar a su paso las poderosas barreras de su mente, y los tentáculos de la máquina chocaron contra el muro, sin poder penetrarlo ni una sola vez.

Nadie podía adentrarse en su conciencia, a menos que él lo permitiera. Era, en ese aspecto, lo que todos los hombres debieron ser a lo largo de la historia del mundo: seres dueños de una personalidad inviolable.

Sonrió de nuevo, pensando en ese sucio afán que el hombre había sentido desde siempre para saber «lo que piensan los demás».

Desde la más remota antigüedad, el Hombre, disfrazado de mil formas distintas, adivino, pitoniso, mago, curandero, brujo o sacerdote, buscó el medio de adentrarse en la mente del prójimo, intentando de esa forma conocer sus pensamientos y poder dominarle con mayor facilidad.

Pero él había estado en Akrón.

Akrón y su Piedra Negra, la Fuente del Poder, el

maravilloso regalo de que él había sido objeto, y que le había proporcionado los medios para luchar contra las fuerzas negativas de la Nada.

¡Estúpidos humanos!

Criaturas pedantes y soberbias, que creían poseer algo valioso y, lo que era aún más ridículo, haber conseguido el más perfecto de los mundos.

¿Cómo podían saber, si estaban ciegos y sordos a la Verdad, que no eran ellos los que forjaban su propio nefasto futuro, sino la Fuerza de la Nada?

Sin embargo, hombres maravillosos habían intentado, a lo largo de la Historia, abrir los ojos a la Humanidad, advirtiéndoles de la real existencia de «dos poderes», previniéndoles del peligro que podía significar el obedecer a las leyes terribles del Mal.

Ninguno de los consejos de aquellos fantásticos visionarios, ninguna de sus advertencias, habían sido escuchados. Porque el Mal estaba ya en el corazón de los hombres, minando su conciencia, lanzándoles los unos contra los otros.

Obedientes hormigas a eso que se llama «el alma colectiva» de ciertos insectos.

Si él había regresado a la Tierra —cosa que no habría hecho, a no ser por los gritos que su propia conciencia le enviaba—, fue precisamente para advertir a los hombres de su especie del peligro que estaban corriendo.

Y no como uno más de aquellos mártires visionarios que la Humanidad sacrificó alegremente, tras tacharles de dementes. No, él volvía a su planeta de origen con las pruebas palpables e irrefutables de la existencia de los perversos servidores de la Nada, que había descubierto.

Ellos también conocían su existencia.

Por eso habían urdido su pérdida, sirviéndose de sus estúpidos esclavos del planeta Tierra, como lo habían

intentado en pleno espacio, como hubieran seguido intentándolo.

Ahora lo habían conseguido.

Al menos, así convenía que lo creyesen.

Estuvo a punto de lanzar una sonora carcajada, pero sabía que desde infinitos puntos de las paredes y del techo, cámaras dotadas de grandes angulares estaban vigilando sus mínimos gestos, y no quiso complacer a los invisibles espías.

No, por el momento.

¡Si hubiesen conocido sus poderes, se habrían estremecido hasta el tuétano de sus huesos!

Porque él era hijo del Poder.

El mensajero de la Verdad. Y por eso, conociendo su destino y las dificultades que iba a encontrar en el curso del terrible combate que se avecinaba, comprendió que ningún otro nombre le convenía más que el que llevaba.

ULISES.

* * *

No habían sido los hombres —jamás habían sido capaces de hacerlo— los que cambiaron la vida del Planeta. Desde hacía ciento cuarenta de años, un poco más de mediados del siglo XX, la atención de los humanos se concentró en la aparición en el espacio circundante a la Tierra, de los llamados OVNIS, Objetos Voladores No Identificados o, más vulgarmente platillos voladores.

Durante los últimos veinticinco años del siglo XX, se hicieron miles de conjeturas dada la creciente abundancia de OVNIS y, descartándose finalmente la opinión de que se trataba de armas secretas de uno u otro bloque, se llegó a la lógica conclusión de que eran naves procedentes de otros mundos habitados.

El 17 de Noviembre del año 2018, se llevó a cabo el

primer contacto «físico» con los tripulantes de una de las naves. En poco tiempo, se aclararon todas las dudas, confirmándose todo o casi todo lo que se había pensado de los platillos voladores.

Seres de apariencia humana —los monstruos ideados por los escritores no dejaban, a fin de cuentas, de ser criaturas nacidas de su calenturienta imaginación—, entablaron serias conversaciones con los dirigentes políticos de todos los países del mundo.

La televisión transmitió miles de imágenes, y el mundo entero lanzó un suspiro de respiro al enterarse que las intenciones de los «extraños» eran maravillosas, y que habían decidido ayudar a la Humanidad para que terminasen para siempre sus sinsabores.

Y cumplieron su «promesa».

La bola del mundo, dividida en cientos de países con sus fronteras y sus propias ambiciones, se transformó en una inmensa, pacífica y tranquila Federación mundial, cuya dirección se puso en manos de los Supremos Legisladores.

El mundo se enteró que los OVNIS habían visitado la Tierra desde la más remota antigüedad, y que gracias a ellos, el hombre había aprendido a construir las Pirámides, tanto las egipcias como las aztecas, y muchas cosas más.

La técnica de que los «espaciales» eran portadores resolvió todos los problemas; su ciencia médica borró de la faz de la Tierra todas las enfermedades, se pudo controlar la genética hasta evitar todo cambio en la fina estructura de los genes, y el hombre, por primera vez en su historia, gozó de una existencia cada vez más longeva, llegando a ser bastante común vivir mucho más allá de los 140 años.

Desaparecido el desequilibrio ecológico, normalizada la tasa de población, la Tierra recobró el hermoso aspecto de planeta azul, y la atmósfera fue volviéndose tan pura como la que había respirado el hombre de las cavernas.

* * *

No era difícil penetrar en el lugar en el que su madre trabajaba. Demasiado bullicio había allí para que se notase su presencia.

El Marker Center era, sin duda alguna, el tercero en el mundo de los de su género, ya que el primero del globo estaba situado en Berlín, y era allí, en la élite de los establecimientos destinados a la Psicología, el Freud Instituí, donde se reunían con frecuencia las más altas autoridades en la materia.

Para un observador un tanto agudo, la Psicología del siglo XXX hubiera honradamente de tener el nombre de Cibernética, mucho más apropiado y justo que el otro.

Pero ¿acaso no había empezado a ocurrir aquello muchos años antes?

Desde el empleo masivo de los medios de comunicación, los gobiernos pudieron actuar de forma cómoda sobre la mente de los habitantes de todos los países del mundo.

Se creó así una «comunidad de interés», y la gente, obediente a las leyes de la Publicidad, experimentó los mismos deseos y los satisfizo de idéntico modo en los cuatro puntos cardinales de la Tierra.

Esa progresiva y acelerada «robotización» dio unos magníficos resultados.

En el Marker Center, donde Alina Walther acababa de penetrar, trabajaba un sinnúmero de psicólogos y psicoanalistas, encargados por los Legisladores de «limar asperezas» y resolver «conflictos» de forma absolutamente gratuita.

Se contribuía así, como en otros tiempos se hizo de diferente forma, a «calmar la conciencia» —la poca conciencia que quedaba—, dando a los «pacientes» la impresión de que el Estado se preocupaba de cada uno y de

todos ellos, sin medir medios ni esfuerzos, de forma a devolverles la paz interior que era, a los ojos de todos, el mayor y más maravilloso de los bienes.

La joven se mezcló con la masa de «consultantes» que se dirigían, con una mansedumbre de borregos, hacia las diferentes consultas, todas ellas colectivas, ya que no se hacía más que una «psicoterapia de grupo».

¿Por qué estaba tan emocionada?

No pensaba ni por un momento en que al desobedecer a su madre podría irritarla, y con razón. Más fuerte que ninguno de esos temores, era la curiosidad, y al analizarla, con la sinceridad que lo estaba haciendo, se dio cuenta del enorme interés que tenía de verle.

Era como si aquel hombre estuviera ya envuelto en una atmósfera mágica. Por muchos esfuerzos que hacía y había hecho, desde el mismo momento que decidió verle, no conseguía una imagen concreta, y era aquello precisamente lo que aumentaba desmesuradamente su impaciencia.

Había acompañado muchas veces, de niña, a su madre, y conocía de memoria el camino que había de seguir hasta llegar a la zona de los sótanos, donde estaba ubicado el complejo laboratorio que Silvia dirigía.

Cuando llegó allí, esperó hasta comprobar que no hubiese nadie trabajando ante las complejas máquinas del lugar. Luego, decidida ya, penetró definitivamente en la sala de controles, cuyos muros, tres de ellos, estaban prácticamente cubiertos por un gran número de pantallas de televisión. Correspondían a los canales de un circuito cerrado, que suministraba imágenes a los coordinadores electrónicos, a los analizadores IBM, quienes iban almacenando datos de percepción, pasándolos por el tamiz de sus programas, hasta llegar a conclusiones que servían, en forma de informes, a las teleescriptoras.

Nada de aquello interesó a Alina.

Desde el mismo momento en que penetró en la inmensa

sala sus ojos fueron de uno a otro monitor, contemplando, desde cien puntos de vista distintos al hombre que se paseaba en su celda como un león enjaulado.

El Hombre.

Nunca había visto Alina algo igual.

No por la belleza de aquel cuerpo perfecto, sino por la tremenda potencia que parecía emanar de todo él, de la firmeza y brillo de la mirada, de lo comedido y preciso de los gestos, y de la terrible voluntad que parecía inscribirse como una máscara clásica sobre su rostro.

Se quedó arrobada, tan intensamente sobrecogida, que no supo si lo que estaba experimentando era admiración o temor.

* * *

Los finos hilos de su superpercepción hicieron que Ulises se quedara bruscamente inmóvil.

No tardó más de una centésima de segundo en saber que estaba siendo observado por alguien «vivo».

Hasta entonces, sabía perfectamente que los poderosos angulares, los objetivos camuflados entre las paredes acolchadas de su celda, enviaban sus imágenes a los computadores, y hasta, para divertirse, siguió el camino de algunos de aquellos sistemas, sonriendo al descubrir lo que los IBM iban almacenando de él.

Ahora era distinto.

«Alguien» se había introducido en la sala de control, y estaba observándole atentamente.

Volviendo a pasear, para así engañar a su misterioso observador, Ulises concentró la atención de su mente poderosa en el objetivo que ahora llevaba su imagen hacia el desconocido.

Sirviéndose de una percepción extrasensorial, no tardó

mucho tiempo en ver que se trataba de una joven. Pero aquello no le bastó, y esforzando un poco más su cerebro, penetró en la mente de la joven, teniendo que hacer un esfuerzo para no expresar con una sonrisa lo que estaba leyendo en el cerebro de Alina.

¡Verdaderamente deliciosa!

Le gustó mucho comprobar que los sentimientos que la joven experimentaba hacia él eran de admiración, de respeto y de deseo de ayudarle.

¡Ayudar a Ulises!

Resultaba francamente divertido, pero emocionante a la vez.

¡Si ella pudiera adivinar todo el poder que el hombre prisionero había acumulado en sus viajes espaciales, de manera especial y definitiva en su visita a Akrón!

No, ella no podía saber que Ulises podía escapar de allí cuando quisiera, pero que por el momento no lo deseaba, queriendo dar una hermosa lección a todos aquellos estúpidos que, sin darse cuenta, estaban obedeciendo las instrucciones de la Fuerza de la Nada.

Cuando la joven pensó en él «como hombre», Ulises, un tanto confuso, se volvió de espaldas a la cámara por la que su imagen llegaba hasta Alina.

No había tenido mucho tiempo para dedicarse a la faceta corpórea del amor. Había conocido a muy pocas mujeres, pero todas ellas pertenecían a la clase de las que venden su cuerpo, en los lujosos centros de placer situados en las rutas de paso, por los anchos caminos en el espacio.

Encuentros que no habían dejado ninguna clase de huella emocional en él.

Y aunque había pensado, a veces, en el curso de alguno de sus larguísimos viajes, en lo hermoso que sería encontrar a una compañera capaz de entenderle, de vivir su misma pasión por el bien de los humanos, comprendiendo la

necesidad de una lucha a muerte contra las Potencias Negativas, desechó pronto aquella idea, al comprobar que los humanos, hombres y mujeres, habían dejado de serlo en el sentido que él comprendía a la criatura inteligente y libre que debía ser el hombre.

¡Y una de ellas estaba pensando en salvarle!

Cuando, gracias a la mente de Alina, supo Ulises lo que los Legisladores pensaban hacer con él, sonrió de nuevo.

Ningún psycho-vacuum, por muy poderoso que fuese, podría destruir su inteligencia. No, mientras siguiera llevando bajo la piel de su frente la Piedra Negra de Akrón.

MOMENTO TERCERO

Alina buscaba afanosamente los mecanismos que abrían la puerta de la celda del hombre. Estaba dispuesta a sacarle de allí, llevándolo a cualquier sitio de la ciudad donde pudiera ocultarle, poniéndole fuera del alcance de las manos de los Legisladores.

¿Por qué lo estaba haciendo?

No se atrevía a confesárselo.

Su cerebro estaba lleno de ideas confusas y contradictorias, pero su corazón —y de él hacía Alina mucho caso como mujer que era— se había llenado de inefable ternura desde que vio al prisionero en una de las pantallas.

Una extraña intuición —¡pero cuán intensa!— le hizo saber que aquella criatura era un ser extraordinario, uno de esos hombres que aparecen una vez cada siglo, como predestinados a hacer, o al menos intentar, algo muy grande para el bien de la humanidad entera.

El convencimiento de esto, y el horrible destino que los Legisladores habían marcado a aquel ser excepcional, redoblaron su ánimo de hacer cualquier cosa por salvarle.

De nada hubiera servido, no obstante, todo el entusiasmo de Alina. Los mecanismos que abrían la única puerta de la celda eran el resultado de una compleja fórmula que había que escribir en el teclado de una de las computadoras, criptograma que sólo conocían los Legisladores, y la madre de la muchacha, Silvia.

Leyendo con suma facilidad lo que estaba ocurriendo en el inquieto cerebro de la joven, Ulises llegó al convencimiento de que iba a colaborar con ella.

Si lo hubiese deseado, habría podido activar la computadora a distancia, haciendo que la puerta de su calabozo se abriese.

Pero, hasta aquel momento, su único deseo era demostrar a los Legisladores que sus máquinas destructoras de cerebros no servían de nada contra el suyo.

Ahora era distinto.

Fría, pero sinceramente, Ulises se percató de que sentía una creciente simpatía hacia la joven, y que ésta, indudablemente, no había sido contaminada aún por las reglas de una existencia no pensante.

Y lo estaba demostrando, pensando en salvarle, alzándose valientemente contra todas las normas de una sociedad estúpida e inhumana.

Envió un mensaje concreto a la mente de Alina.

La joven, tomando aquello como una inexplicable iluminación interior, se acercó a la computadora, marcando en el teclado los signos que comandaban la apertura de la puerta.

Y la puerta se abrió.

Y el hombre salió de su encierro.

La magnífica desnudez de Ulises no ofuscó en absoluto a la muchacha, ni su proximidad cuando él se acercó a ella.

Lo único que vio Alina fue el brillo intenso de los ojos azules del hombre y su maravillosa sonrisa.

—Gracias —dijo él simplemente.

—Hay que salir de aquí lo más aprisa posible. Antes de que llegue «ella».

—¿Quién?

—Mi madre.

—No puedo salir así por las calles.

—Hay vestidos, monos de trabajo en los armarios de una habitación cercana. ¡Venga! ¡Vamos!

Y la siguió, sinceramente emocionado, percatándose, desde lo alto de su elevada personalidad, que empezaba a interesarse «de veras» por aquella muchachita.

* * *

—¡No puede ser!

Ferguson estaba intensamente pálido, pero más lo estaba Silvia que, anonadada y sorprendida al mismo tiempo, había tenido que llamar a los dos Legisladores para comunicarles la desaparición del prisionero.

Un senso-robot —un verdadero laboratorio de investigación— estaba examinándolo todo, paseando los largos tentáculos de sus sensores por cada centímetro cuadrado de la celda vacía.

Altein esbozó una sonrisa, que era más una mueca.

—No irá muy lejos. Su cosmonave ha sido destruida. No podrá salir de la Tierra. Todos los cosmódromos están vigilados por senso-robots en los que se ha programado, hace minutos, la imagen total de ese canalla.

—Lo cazaremos.

Ferguson movió la cabeza.

—Lo que no me explico —dijo— es cómo pudo conocer la fórmula del criptograma de la cerradura electrónica.

—Pudo obtener la ayuda de un cómplice.

Los dos hombres miraron a Silvia.

—Sabéis muy bien que yo sería incapaz de hacer una cosa así —se defendió ella con un tono áspero en la voz—. Por nada del mundo hubiera faltado a mi deber. Además, ¿por qué había de liberar a una criatura peligrosa para nuestro mundo?

El senso-robot había terminado el examen de la celda, y pasó a la sala, iniciando su detallada y minuciosa labor de investigación.

Ferguson se mordió los labios.

—Me gustaría mucho que no se hubiera anulado la pena de muerte.

—Tienes razón —le apoyó el otro—. A criaturas de esa clase, lo mejor sería quemarlos hasta reducirles a cenizas.

Silvia lanzó un suspiro.

—¡Os estáis poniendo histéricos! —les reprochó con visible vehemencia—. Es como si le temierais. ¿Qué puede hacer? ¡Nada! En pocas horas los rastreadores acabarán por descubrirle.

—Es verdad.

Fue en aquel momento cuando el senso-robot, que estaba examinando las computadoras, se incorporó, volviéndose hacia los humanos.

—Alguien abrió la puerta desde aquí —dijo con su característica voz metálica.

—¿Eh? —gritó Altein.

—Tengo que pasar los datos de las impresiones digitales que han captado mis sensores —dijo el robot—. Pediré confirmación exacta a la Computadora Demográfica General.

—¡Hazlo!

—¡En seguida!

Sirviéndose de un viso-telepescriptor, la máquina envió los datos al almacén central de la población de la Tierra, donde estaban todas las huellas dactilares de los habitantes del planeta.

Los dos Legisladores y Silvia, domeñando difícilmente su impaciencia, contemplaron cómo el robot enviaba el mensaje, cuya respuesta no tardó en llegar más que unos cuantos segundos.

Con los datos recibidos en su ficha electro sensible, el robot pasó al panel de traductores, en cuya pantalla, un segundo más tarde, aparecía el retrato y los datos personales de la culpable.

—¡Oh, no! —exclamó Silvia llevándose las manos a la boca.

—¡Alina Walther!

—¡Tu propia hija!

—¿Cómo has podido hacer eso, desdichada?

—¿Por qué la trajiste aquí?

—¿Cómo sabía Alina que aquí había un prisionero?

Las preguntas llovían sobre Silvia, que todavía estaba bajo el efecto del choque que había experimentado al ver aparecer la foto de su hija en la pantalla del traductor.

—No sé… No lo entiendo. De veras.

—¿Le hablaste del hombre?

—Sí, como le he hablado de otros condenados.

—¡No debiste hacerlo!

—Pero… ¿cómo podía pensar que Alina iba a atreverse?

Ferguson clavó en ella una mirada penetrante.

—Tu hija ha cometido el delito más grave que existe.

—¡No es más que una niña!

Una risa sardónica brotó de los labios de Altein.

—¡Una niña capaz de liberar a la criatura más peligrosa que hemos conocido jamás!

—¡Ha debido volverse loca!

—Peor para ella. Lo lamento, Silvia; pero sabes que habrá de sufrir el mismo castigo que él.

—¡Nooo!

Los dos Legisladores se encogieron de hombros.

—Vamos a completar el dispositivo de búsqueda y captura —dijo Ferguson—. No podemos perder ni un solo minuto más.

—¡Esperad! —gritó Silvia con un acento desgarrador en la voz y los ojos arrasados de lágrimas—. Dejad que yo la busque. Conozco los lugares en que puede haberse escondido. Además, estoy convencida de que no tiene culpa alguna.

—Me gustaría que lo demostrases.

—¡Y lo demostraré! Como yo, vosotros sabéis que ese hombre debe poseer poderes extraordinarios. Puede que haya

hipnotizado a distancia a mi hija.

—¿Y por qué precisamente a ella?

—Porque deseaba hacerlo conmigo, que era la encargada de borrar su mente para siempre. Pero yo soy más fuerte que Alina...

—¡Tonterías! Si no hubieses dicho nada a tu hija, nada de esto habría ocurrido.

—Era un secreto —corroboró Altein—, Un secreto que no estabas autorizada a revelar a nadie. ¿Lo entiendes?

—Sí, y estoy dispuesta a cargar con toda la responsabilidad. Pero, por lo que más queráis, no convirtáis a Alina en un vegetal.

—Es la ley —dijo Ferguson volviéndole la espalda—. ¿Vamos, Altein?

—Vamos.

* * *

—Tendremos que salir de aquí.

Alina miró al hombre, que ahora vestía uno de los monos amarillos de los empleados de los grupos de mantenimiento del Centro Marker. Atuendo verdaderamente peligroso.

—¿Por qué? —le preguntó tras un corto silencio.

—Nos están buscando.

—Eso ya lo supongo.

Ulises posó en la muchacha una mirada brillante que acompañaba la eterna sonrisa que flotaba en sus labios.

—¿Conoces la eficacia de los senso-robots, Alina?

—Nunca he tenido relación con ellos. Son como los policías de otros tiempos, ¿verdad?

—No exactamente, pero la comparación es válida. A estas horas, los esquemas de nuestros componentes biológicos están

en todos los programas de esas máquinas.

—¿Los componentes biológicos?

—Sí. Cada persona posee un cuerpo dotado de radiaciones especiales, de la misma forma que cada ser posee una fórmula hereditaria especial, cuyos componentes genéticos son tan distintos, entre unos y otros, como pueden serlo las huellas dactilares.

—Comprendo.

—Al nacer en este dichoso planeta, lo primero que hacen los Legisladores es «tomar» ese componente de cada persona que llega al mundo. Es una especie de documento de identidad que queda archivado en el Centro Demográfico Mundial.

—Lo sé.

—Cuando se desea buscar a determinada persona, se da a los robots ese grupo de componentes, y los sensores ultrasensibles de las máquinas perciben la presencia de la… presa a varios kilómetros de distancia.

—Es tremendo.

—A estas horas, cientos, miles de senso-robots están examinando esta parte del país. Y es lógico que no tarden mucho en descubrirnos.

Alina no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Qué podemos hacer para escapar de ellos?

—Salir de la Tierra.

—¿Cómo? Antes me dijiste que habían destruido tu nave espacial.

La sonrisa se amplió en los labios de Ulises.

—Es cierto, pero no es mi nave principal. En estos años he tenido tiempo de sobra para construir a *Desafío*.

—¿Un cosmonavío?

—Una pequeña maravilla. Cuando decidí volver a la Tierra, dejé a *Desafío* en un lugar cercano al planeta.

—Puede que ya lo hayan descubierto.

—No. No pueden hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque mi nave, que se encuentra a menos de mil kilómetros del planeta, está en un pliegue subdimensional.

—¿Qué es eso?

—Un espacio entre dos dimensiones: un lugar absolutamente seguro, ya que escapa a todos los medios de detección que los Legisladores poseen.

Lanzó un suspiro.

—Mi cosmonave, al estar entre dos dimensiones, se desintegra y recompone constantemente. Es decir, está y no está. ¿Lo entiendes?

—No.

—De la misma manera que cuando estudiamos una sustancia radiactiva, no podemos determinar exactamente el lugar ocupado por una determinada partícula, *Desafío* se halla en la misma situación. Vuelvo a repetirte que está y no está.

Ella sonrió, al tiempo que movía la cabeza.

—Poco importa que no lo entienda —dijo—. Lo que me gustará comprender es cómo podremos llegar a esa nave. Todos los cosmódromos deben estar estrechamente vigilados.

—Iremos... -dijo él—. Ahora mismo, si lo deseas...

—¡Lo deseo!

La miró. Intensamente.

El, el hombre poderoso, el único hombre verdaderamente libre de todo el universo, se sintió bruscamente empequeñecido ante la muchacha, ante su pureza y la ilimitada confianza que había posado en él.

—Soy un hombre extraño... —empezó a decir Ulises.

—¡Adoro todo lo extraño!

—Mi único propósito es luchar por el Bien. Y te aseguro que la pelea va a ser terrible, desde todos los puntos de vista.

—¡Estará junto a ti!

—¿Por qué? —inquirió él, sintiéndose emocionado.

Ella no dudó un solo segundo en contestar.

—Porque te amo.

* * *

Las noticias pusieron una sonrisa en los labios de Ferguson.

—Ya los han localizado —dijo.

—¿De veras?

—Sí. Están en el sector norte de la ciudad. Completamente rodeados por los senso-robots.

—¿Van a capturarlos ahora?

—No. Se irán acercando poco a poco. Van a crear, inmediatamente, una semiesfera de alucinaciones. Confundirán las mentes de esos dos, proporcionándoles imágenes engañosas que les harán creer que van a salvarse. Siguiendo los caminos que ellos creerán estar expeditos, se precipitarán directamente en las garras de los robots.

—¿Y si se resisten? Ya sabes que las leyes robóticas impiden que cualquier tipo de máquina haga el menor daño a un ser humano.

—El régimen de alucinaciones hará que vean en los robots a sus salvadores. Irán a ellos con los brazos abiertos.

Guardaron unos instantes de silencio.

Luego dijo Altein:

—No puedo olvidar a esa estúpida de Silvia.

Ferguson se encogió de hombros.

—Ya tenemos a una reemplazante, la psicóloga Helen Olsen. Será ella la encargada de atender a los tres casos: el hombre, la chica y Silvia.

—¿Estás decidido a que los tres pasen por el psycho-vacuum?

—¡Naturalmente!

El receptor de muñeca de Altein emitió entonces un corto silbido.

—¡Un mensaje! ¿Diga?

La voz neutra de un robot llegó hasta ellos.

—Dispositivo alucinatorio en marcha.

—Perfecto. Incrementarlo al máximo. Quiero alucinaciones ópticas, espaciales, auditivas y hasta gustativas. Incrementar a tope el contenido de seguridad. Es necesario que deseen ardientemente seguir el camino que les brindamos.

—Bien.

Cortó Altein la comunicación, y volviéndose hacia su compañero:

—Como dice el refrán —sonrió—: «Al enemigo que huye, puente de plata».

* * *

—¡Mira, Ulises!

—¿Qué quieres que mire?

—Ese camino. No lo conocía… y, al fondo, esa nave sin vigilancia alguna. ¡Podemos escapar por ahí!

—¿De veras lo crees?

Ella le miró extrañada.

Tenía tanta seguridad en lo que estaba viendo, que no entendió la pregunta del hombre. Era evidente que la suerte les acompañaba, y que, de repente, habían descubierto un camino que conducía directamente al mayor tesoro que podían desear en aquellos momentos: una astronave no

vigilada.

—¿No es maravilloso? —inquirió Alina con los ojos brillantes.

Ulises sonrió.

—No vamos a ir por ahí —dijo con calma en la voz—, sino en sentido contrario.

Ella estuvo a punto de gritar.

Porque lo que el hombre llamaba sentido contrario era, a sus ojos, una barrera de altísimos acantilados, bajo un cielo tormentoso. ¡Un obstáculo imposible de franquear!

—¿Te has vuelto loco, Ulises?

Pero él había captado ya la llegada de los grupos de alucinaciones, y comprendía que Alina era incapaz de levantar una barrera al efecto que deformaba insidiosamente la realidad.

Todo lo que ella estaba viendo era falso: el camino tranquilo, la cosmonave abandonada, sin vigilancia, lo mismo que los altos acantilados, el cielo amenazador.

También se daba cuenta de que iba a ser completamente inútil intentar convencerla, y si lo hacía, Alina iba a verle transformado en algo malo y monstruoso, ya que no le cabría en la cabeza que lo que estaba viendo no fuera real.

—No sabes cuánto lo siento, pequeña...

El puño del hombre golpeó la barbilla de la muchacha, sin demasiada fuerza, pero con la suficiente como para que Alina perdiera el conocimiento, y se hubiese desplomado, si los brazos del hombre no la hubieran retenido a tiempo.

Ulises se echó el cuerpo de la muchacha al hombro, como si se tratara de una pluma. Con el ceño fruncido, volvió la espalda al sitio en el que ella veía el camino libre y la astronave, para dirigirse hacia los falsos acantilados que, naturalmente, no encontró en su marcha.

No tardó en detenerse.

Necesitaba estar lejos de las influencias electromagnéticas

de los aparatos de los senso-robots. El agujero que encontró, una profunda depresión del terreno, le pareció de perlas, y una vez abajo, sin soltar las manos de la muchacha, puso en marcha su poderoso cerebro, pensando en la disolución de la materia de los dos cuerpos, el de Alina y el suyo, el paso de la masa a una corriente energética no mayor que un chorro de electrones, y el impulso direccional que habría de conducirles, sanos y salvos, a bordo del *Desafío*.

Sus ojos, azules, parecieron convertirse en materia inerte, al tiempo que, bajo la piel de su amplia frente, la Piedra Negra empezaba a actuar.

Quince minutos más tarde, los dos cuerpos parecían disolverse en el aire; una especie de corto brillo ascendió velozmente hacia el cielo.

Y aquello fue todo.

MOMENTO CUARTO

Alina abrió lentamente los ojos. La sala en la que se encontraba, porque le pareció una sala, no era muy grande, pero estaba amueblada con un gusto exquisito, lejos de los modelos metálicos, funcionales, plásticos y espumosos que estaban en boga.

La cama, amplia, parecía de madera preciosa, con un brillo delicioso en sus ornamentaciones labradas visiblemente a mano. Dos lámparas laterales, de la misma madera,

difundían una claridad serena de un tenue color azulado.

Había una coiffeuse en un ángulo, con un espejo de forma octogonal, y un sillón minúsculo de la misma madera que la cama. Una espesa alfombra, hecha con el pelo de un animal que la muchacha no había visto nunca, cubría el suelo.

Sólo la única ventana, en la clásica forma de ojo de buey, hizo comprender a Alina que se hallaba en el interior de una nave espacial.

—¡*El Desafío*! —exclamó en voz alta.

Saltó del lecho, sobre el que reposaba, comprobando por primera vez que llevaba una especie de «mono» plateado que se ajustaba maravillosamente bien a sus formas.

Extrañada, se detuvo ante el espejo, sin poder comprender cómo podían haberle puesto aquella prenda, que carecía de botones o de cremalleras.

Pero, al pensar que Ulises tenía que ser forzosamente quien le había cambiado de atuendo, desnudándola antes, hizo que un poco de calor subiera por sus mejillas.

—¡Hola!

Alina se volvió, comprobando que el hombre llevaba un vestido idéntico al suyo. Recordando de nuevo que él debía haberla desnudado, tornó a enrojecerse, aunque venció su rubor, lanzando con un acento cálido.

—¡Hola! Por lo visto, terminaste haciéndome caso. Sin aquella astronave abandonada, jamás hubiésemos llegado aquí.

—No hubo tal nave abandonada —dijo él—, ni camino abierto, ni simas ni montañas. Proyectaron sobre nosotros un sistema de alucinaciones, y tú creíste en todo aquello.

—¿Tú no?

—No. Poseo mecanismos de defensa.

—Eres un hombre extraño, Ulises.

—Ya te lo advertí.

—Estamos en el *Desafío*, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo pudimos llegar hasta aquí y escapar de la Tierra?

—Pasamos a un estado especial de traslación, convertidos en electrones.

—Pero... ¡eso no es posible!

Ulises sonrió.

—Todo es posible para la mente humana, Alina.

Ella se echó a reír.

—Deben estar furiosos contra nosotros.

Ulises se mordió los labios. No podía decirle que Silvia Walther, su madre, convertida en una especie de vegetal, vagaba por el jardín del centro en el que otros «condenados» estaban encerrados por vida.

La miró con fijeza.

—Ha llegado el momento de hablar seriamente, pequeña.

—¡No me gusta que me llames así! —protestó Alina con vehemencia—. ¡Soy una mujer!

—Nunca lo he dudado.

—Bien. ¿De qué querías hablarme?

—De mi misión. Te dije en la Tierra que debía cumplir un trabajo importante.

—¿De qué se trata?

—Sería muy largo de explicar; pero, en resumen, podríamos decir que tengo un combate pendiente.

—¿Contra aquellas fuerzas de las que me hablaste antes de salir de la Tierra?

—En efecto.

—Tú las llamaste fuerzas negativas, ¿verdad?

—No es más que uno de los apelativos que pueden colocársele.

—¿Quiénes son… en realidad?

—La antibondad, la antiinteligencia positiva. Lo antihumano.

—De veras que no te entiendo.

—Esas fuerzas responden a la energía destructora de todo lo que el hombre puede y debe alcanzar. La especie humana que tú conoces no es más que un eslabón hacia algo mucho más grande.

—¿El Superhombre?

—No. Eso son tonterías. Mejor sería llamarlo lo Superhumano, en el más amplio sentido de la palabra. El individuo como valor único que jamás se confunde con la comunidad.

—¿No será un asocial?

—Al contrario. Porque la sociedad se coloca detrás de su persona, no delante, como se ha hecho hasta ahora. Lo colectivo derivará, cuando sea puro, de la pureza de cada uno de los elementos que lo componen.

—¡Muy complicado para mí!

—No lo creas. Te bastará un sencillo ejemplo para que lo entiendas. La mayor parte de los humanos, a lo largo de la historia del mundo, han jugado el papel de ovejas de un rebaño, controlado por los perros, amenazado por los lobos y esquilado por los pastores.

—Estos serán los Legisladores de hoy, ¿no?

—Sí. Los pastores son los Legisladores. Antes había perros, las fuerzas llamadas del orden, que evitaban que las ovejas se desmandasen. Y lobos, que eran los agresores de los otros países.

—Ahora te entiendo mejor.

—Cuando las naciones desaparecieron, ya no hubo lobos, aunque siguió habiendo perros durante mucho tiempo. Hasta que se descubrió la forma de que la gente no pensase. Entonces, los perros se fueron para siempre, ya que no eran

necesarios.

—Es cierto.

—Y las ovejas se convirtieron en dóciles borreguitos que siguen un camino que se les traza desde arriba. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Se borró toda idea de individualidad, dando lugar a una masificación que acerca peligrosamente a los humanos de nuestro siglo treinta a los insectos.

—Y son los Legisladores los culpables, ¿verdad?

—No, no es así. Porque los Legisladores son, a su vez, las ovejas de todos los rediles del universo. Hay unos quinientos planetas semejantes a la Tierra en el área que hasta ahora conocemos. En todos esos mundos hay Legisladores, y las gentes viven aproximadamente como en la Tierra.

—¡Horrible!

—Afortunadamente, sólo un planeta ha escapado a la acción de la ciega masificación: Akrón.

—¿Qué es eso?

—Un mundo de pensadores puros, que han conseguido dominar por la mente a la naturaleza.

—¿Has estado allí?

—Sí.

Los ojos de Alina brillaron de curiosidad.

—¿Cómo es ese mundo?

—Un lugar sencillo, en el que los hombres han alcanzado su meta de Superhumanos.

Ella frunció el ceño.

—Nunca me gustó el prefijo «súper», Ulises. Hay en él algo de despotismo, de vanidad y de soberbia.

—Es cierto, pero nada de eso ocurre con las gentes de Akrón. Porque han suprimido el motor y origen de todo mal: la ambición.

Los ojos de Ulises se entornaron, y fue como si, atravesando las paredes de la nave, su mirada fuera lejos, hacia aquel mundo en el que los humanos lo eran de verdad.

Y empezó a hablar, sin que sus ojos dejaran de mirar hacia una ignota lejanía.

—A pesar de que ninguna fuerza Negativa se atrevería a acercarse a Akrón, ya que es imposible actuar sobre las gentes que habitan ese privilegiado planeta, los akronianos han perdido el espíritu de lucha.

—¿Por qué?

—Porque, sencillamente, han triunfado. Nada puede alterar ya sus vidas longevas, llenas de sabiduría y de bondad. Por eso me aconsejaron que me quedase con ellos.

—Y no lo hiciste.

—¿Cómo podía hacerlo? Hubiera sido abandonar mi propósito de ayudar a todas las humanidades que hoy dependen del planeta Tierra, aunque en realidad obedecen las invisibles órdenes de los Negativos.

»¿Cómo dejar abandonados a miles de millones de seres sometidos al Poder del Mal? Cuando vi la sencilla felicidad de las buenas gentes de Akrón, comprendí que mi misión era la de vencer para siempre a los Antihumanos.

»Los de Akrón me pusieron en guardia, ya que el Poder Negativo es tremendamente fuerte. Fue entonces cuando incrustaron bajo la piel de mi frente un minúsculo trozo de la Piedra Negra.

—¿Qué es eso?

—La sustancia que permitió a los akronianos defenderse de los Negativos. La Piedra Negra es la primera materia que apareció en el universo. En ella residen todas las fuerzas positivas que hicieron posible no sólo la aparición de los Sistemas solares, sino en algunos de ellos el nacimiento de la Vida. Es como si llevara en la cabeza el Principio del Mundo.

—¿Y es eso lo que te proporciona los poderes que tienes?

—No exactamente. La Piedra Negra me ha ayudado a adquirir esos poderes. Pero no olvides que todo lo que el Hombre ha sido, es o será, depende únicamente de su propia voluntad de ser.

—Es cierto.

—Ahora, pequeña, piensa un poco en lo que tengo que hacer, y medita si deseas o no venir conmigo. No puedo ofrecerte más que un camino repleto de dificultades, preñado de peligros y de obstáculos. Y no desearía, por nada del mundo, que corrieses el menor peligro.

Se calló; luego, con una voz cargada de emoción y mirándola por vez primera desde que había empezado a hablar:

—Porque yo también te amo —confesó.

Alina se acertó a él.

—Te seguiré allá donde vayas, Ulises. Acabas de confesar que también me amas.

Sonrió, antes de agregar:

—Y eso es precisamente lo que deseo que me demuestres.

—¿Cómo?

Ella se echó a reír.

—Como cualquier hombre demuestra que ama a una mujer. ¿O acaso te impide la Piedra Negra de tomarme?

Ahora fue Ulises quien sonrió.

—¡Eres una pilla! ¡Una deliciosa y encantadora pilla!

La tomó en sus brazos, buscando afanosamente el freso doble gajo de los labios de ella.

Inclinándose hacia atrás, Alina se dejó caer sobre el lecho, arrastrando al hombre en su caída.

—Estos trajes… —protestó ella con un mohín divertido.

—Son de vifión… —dijo él—. Yo mismo los fabriqué. Poseen una resistencia absoluta al calor y al frío.

—Pero ¿cómo se quitan?

—Es muy sencillo. Las fibras están unidas por una acción magnética. ¡Mira!

Incorporándose un poco, pasó un dedo por la parte anterior de su traje, que se abrió inmediatamente, encogiéndose sobre sí mismo, como la cubierta de un fruto.

Alina le imitó, y ya sencillamente desnudos, se contemplaron un instante, antes de volver a abrazarse ansiosamente.

* * *

Se amaron lenta y apasionadamente.

Fueron días —del tiempo sideral—, años, siglos quizá. ¿Quién puede saberlo? Fuera del tiempo y del espacio, el amor les unió con una fuerza indestructible.

Para Ulises fue el encuentro maravilloso con una mujer de verdad, el conocimiento, por vez primera, de la verdadera dimensión de un cariño sin límites, hermoso y rebosante de una pureza de cristal sin mácula.

Para Alina fue la llegada del Hombre, del hombre de verdad. Y como ella decía, su vacío de mujer rebosó del lleno de él, colmando todas sus ansias, todos sus deseos.

Para los dos, en el plateado receptáculo del navío, fue, sencillamente, el Encuentro, ese milagro que hace que dos criaturas se sientan solas en la inmensidad; solas en la fantástica compañía del ser amado, sin más límites ni fronteras que la propia y mutua felicidad.

Como Ulises griego, el Ulises cósmico había de cumplir su Odisea. Las Fuerzas Negativas, esas que someten al Hombre, impidiendo su natural y hermosa evolución, se aprestaban para hacer nulos los esfuerzos del Héroe. Seguras de sí mismas, poderosas hasta lo incalculable, ¿qué podían temer del esfuerzo denodado de un hombre solo?

Dominaban ya la casi totalidad del universo habitado, y despreciaban olímpicamente la excepción de Akrón, un pequeño planeta perdido en

los confines del espacio, lejos de las rutas cósmicas habituales, cuyos habitantes no interferían en la hegemonía de las Fuerzas Negativas. Todo parecía estar de su lado; pero ¿cómo puede saberse el alcance de la voluntad de un hombre dispuesto a luchar por el Bien? El Gran Combate iba a empezar. Las Pruebas se sucederían, una tras otra; pruebas que ninguna criatura había conseguido vencer jamás. Las Fuerzas Negativas estaban seguras de su triunfo

Primer Viaje

EL VORTICE

El *Desafío* surcaba majestuosamente el espacio infinito.

Sentada junto a Ulises, que manejaba los controles de la nave, Alina se sentía inmensamente feliz. Todavía no le había expuesto el hombre más que las líneas generales de la Gran Odisea.

—¿Hacia dónde nos dirigimos ahora, amor? —inquinó rompiendo el largo silencio que reinaba en la amplia cabina de mando.

—Hacia el Vórtice.

—¿Qué es eso?

Las pupilas de Ulises se contrajeron un poco, como si su cerebro se concentrase para explicar algo verdaderamente difícil.

—Los Negativos habitan un lugar pluridimensional que se conoce con el nombre de El Nido. Para llegar a él, debido a su situación fuera del espacio y del tiempo, hemos de dejarnos arrastrar por una especie de torbellino cósmico, formado por materia negativa, por antimateria.

—¿Es difícil conseguirlo?

—Mucho. Hace siglos, cuando los habitantes de muchos planetas se percataron del peligro de los Negativos, intentaron, como nosotros ahora, llegar hasta ellos y destruirlos. Todos, sin excepción, al atravesar el Vórtice, se convirtieron en antiátomos.

—¡Horrible! Pero dime, Ulises, ¿quiénes son en realidad esos Negativos?

—Gentes que llegaron desde fuera de nuestra galaxia. Criaturas malvadas que pilotaban lo que los terrícolas bautizaron con el nombre de Platillos Volantes.

—¿Los que visitaron la Tierra?

—La Tierra y la totalidad de los planetas habitados de la galaxia. Obraron siempre del mismo modo. Se presentaron como salvadores de las civilizaciones de esos mundos, prestaron su técnica y sus medios, suprimieron todo lo que molestaba a sus planes, consiguiendo formar una serie de humanoides de seres no pensantes, de autómatas de carne y hueso, de desdichados robots aparentemente vivos.

—Pero ¿son como nosotros?

—Sí. Pertenecen a una especie distinta a la humana, pero poseen nuestra apariencia. Ya en las Escrituras se hablaba de ellos como los Ángeles del Mal.

—¿Y cuál es su propósito final?

—Anular la maravillosa fuerza de los humanos, arrancarles la esencia de su modo de ser: destruir su alma.

—Es espantoso.

—Quieren un universo sin esperanza, ¿lo entiendes?

—Sí.

—Hombres estúpidos, como los Legisladores de todos los mundos habitados, han obedecido las órdenes de los Negativos, convencidos de hacer bien a sus hermanos. Ninguno de ellos ha tenido la revelación de la verdad, y así, condenados a una vida insustancial, los habitantes de esos

desdichados planetas han dejado sencillamente de ser humanos.

Una claridad cegadora apareció ante la nave.

—Estamos llegando —dijo Ulises—. Dentro de pocos minutos entraremos de lleno en el torbellino de antimateria. Escúchame bien, querida: vas a poner tu mano derecha sobre mi frente, en el lugar en el que está la Piedra Negra de Akrón. No la separes de mi piel ni un solo instante, pase lo que pase.

Ella se estremeció.

—Tengo miedo, Ulises.

—No temas nada. La nave está construida para resistir los embates del torbellino del Vórtice. Puede que pasen cosas horribles, pero no hagas caso de nada. Mantén tu mano sobre mi frente, y nada malo podrá ocurrirte.

Ella hizo lo que él decía, pero Ulises sintió la transmisión del temblor que agitaba a la joven.

De repente, a la claridad cegadora que les envolvía, sucedió una oscuridad absoluta.

—Estamos penetrando en el Reino de la Negrura, Alina querida. Es la expresión misma de la antimateria, la ausencia de luz, la Tiniebla que sirve de escondite al Mal.

—¡Es alucinante!

—La antimateria es, al mismo tiempo, la antiluz. Y dentro de ella está la Nada. Simbólicamente, es el objetivo de las Fuerzas Negativas, que desean que dentro de la mente de cada hombre reine la oscuridad más completa.

—Te entiendo muy bien.

—Ni siquiera puedes verme. Ya ves que incluso la iluminación interior de la nave ha desaparecido.

—Es cierto que no te veo. ¿Me ves tú?

—Sí. Dentro de poco, al entrar en el Vórtice, la luz volverá, pero no se trata de la luz que tú y yo conocemos, sino de algo infernal, una luz interior, una poderosa fuerza

que...

No pudo acabar la frase.

Una claridad intensamente roja, llameante, envolvió a la nave, penetrando en su interior con la fuerza de mil rayos.

—¡Ulises!

—¿Qué ocurre?

—Me estoy disolviendo. Mira..., ¡ya no tengo piernas!

—Aprieta tu mano en mi frente.

—Pero...

—No prestes atención a eso. La antiluz intenta convertirte en antimateria, y tus sentidos humanos son incapaces de ver otra cosa más que la disolución de parte de tu cuerpo.

Un sollozo brotó de la garganta de la joven.

—Pero... ¡tú sigues entero!

—Ellos no pueden nada contra mí. Ni contra ti, mientras tu mano reciba las radiaciones de la Piedra Negra.

—¡Cielos! El vacío me sube hasta el cuello.

—Es igual. Ni un solo átomo de tu cuerpo se desprenderá de él. Lo intentan, porque saben que tú no posees los poderes que yo tengo. Ten cuidado, cariño. Si separas la mano de mi frente, jamás volvería a encontrarte.

Con la misma velocidad que la luz rojiza había aparecido, una densa bruma, de color verdoso, la sucedió. Al mismo tiempo, Alina comprobó que volvía a ver la totalidad de su cuerpo.

Lanzó un suspiro de alivio.

—¡Vuelvo a verme, Ulises!

—Pues claro que te ves —sonrió él—. Pero no te fíes.

—¿De esta niebla?

—De nada. La niebla es el final del Torbellino. Estamos llegando al Valle de Kronos.

—¿Qué es eso?

—Uno de los mundos que forman los anillos alrededor del Planeta Negativo.

—¿Por qué le llamas valle?

—Porque lo es. También lo conocen los viajeros del espacio por el nombre del Valle de la Muerte.

—¿Viniste aquí alguna vez?

—No. Pero he conocido a algunos que estuvieron en ese lugar infernal. Antes que nosotros naciésemos, hombres como yo intentaron vencer a esas malditas Fuerzas. Algunos consiguieron atravesar el Vórtice y llegar hasta el valle, pero que yo sepa, ninguno de ellos pasó de él.

—Debe ser horrible.

Una sonrisa se pintó en los labios de Ulises.

—El Valle constituye el lado cómico, sería mejor decir sardónico de las Fuerzas del Mal. Un humor negro, espantoso, implacable.

—No te entiendo.

—Pronto lo verás. Porque, por primera vez en tu vida, vas a conocer a los Enemigos.

—¿A quién?

—A los hombres de la Maldición. A la especie de los Negativos. Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Y dices que voy… a verlos?

—Sí.

—No quisiera verles.

—¿Tienes miedo?

—¡Mucho!

—No temas. Tú no significas nada para ellos, ya que la Gran Prueba está reservada a los hombres que intentan luchar contra el Mal.

—¿Una… prueba?

—Sí. La llaman la Carrera de Kronos.

—¿En qué consiste? —inquirió Alina con un hilo de voz.

—Pronto lo verás. Estamos llegando.

*   *   *

Emergiendo de la bruma que hasta entonces les había envuelto, apareció súbitamente ante la nave un largo y profundo valle gris plomo, cuyo suelo parecía estar formado por piedras de agudas aristas.

Un sol naranja, redondo y pequeño, difundía una luminosidad extraña, que daba al valle el aspecto siniestro de un desfiladero del mismísimo infierno.

Dirigido por Ulises, el Desafío fue perdiendo velocidad, iniciando un suave planeo que le condujo hacia una especie de plaza, dentro del valle, rodeada por altas columnas que parecían hundirse en el plomizo cielo.

A medida que la nave descendía, Alina pudo ver las siluetas que se movían sobre la plataforma que era la plaza, y cuando, finalmente, la nave se posó blandamente en la superficie rugosa, vio a los «otros» que avanzaban en grupos hacia el aparato.

—¡Son hombres! —exclamó.

—Aparentemente —corrigió Ulises—. Hombres hermosos, perfectos, pero con almas retorcidas y espíritus malignos. Aquí se encuentra la verdadera frontera del Sistam Negativo, que nadie puede atravesar sin haber vencido en la Carrera de Kronos.

—¿Es el nombre de este planeta?

—Sí.

—Pero —observó Alina mientras Ulises detenía el poderoso rugido de los motores—, «Kronos» significa «tiempo», en griego, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y qué relación tiene con…?

—Espera un poco, cariño. Debemos bajar.

—¿También yo? —inquirió ella con un estremecimiento.

—Sí. Ya te he dicho que no tienes nada que temer, incluso si perdiera en la Prueba, te dejarían volver a la Tierra.

—¡No me digas eso! Si has de morir, quiero morir contigo.

Él se inclinó, besándole dulcemente en los labios.

—No pronuncies la palabra «muerte», amor mío. Porque espero que no voy a morir.

Al descender de la nave, Alina comprobó que Ulises le había dicho la verdad. Los hombres que estaban esperándoles eran altos, con cuerpos armoniosos y rostros dotados de una belleza indudable.

Pero ella descubrió enseguida que los ojos de aquellas criaturas estaban cargados de malicia, recordándole la estampa de algunos cuadros antiguos en los que se representaba a faunos.

Uno de ellos, que llevaba sobre la frente una corona de laurel, hecha de oro macizo, se adelantó a los oíros.

—Te esperábamos, Ulises —dijo con voz burlona.

—Lo sé.

—Hace mucho tiempo que te esperábamos, y nos alegra verte. Hace ya doscientos años que ninguno como tú había llegado al valle de Kronos.

—También lo sé.

—¿Quieres verle? ¿Quieres ver lo que queda de los que intentaron la Carrera?

Ulises miró a Alina. Hubiese deseado evitarle el espectáculo, pero, al mismo tiempo, no podía demostrar la menor vacilación ante los Negativos.

—¿Por qué no?

—Seguidme.

Avanzaron, en pos del de la corona de laurel dorado, seguidos por los otros. Tras pasar por entre dos columnas, llegaron a una especie de balcón bordeado por una balaustrada de metal brillante.

—¡Míralos!

Ulises se apoyó en el metal, mirando hacia abajo.

Desnudos, semejantes a momias, media docena de seres humanos vagaban por el reducido espacio de una especie de minúsculo circo, delimitado por la potente base de las columnas que parecían hundirse en el cielo color plomizo.

Alina, que tras una corta vacilación, se había adelantado, no deseando alejarse ni un paso de su amado, se llevó las manos a la boca.

—¡Son esqueletos vivientes! ¡Qué horror!

El de la corona lanzó una risita aguda.

—Son las víctimas de Kronos, mujer terrícola.

Ulises se volvió hacia él, fulminándolo con la mirada.

—No midas nada por la reacción de la mujer. Ni la vas a atemorizar, ni menos aún vas a atemorizarme a mí.

—¿Crees acaso que saldrás vencedor?

—Voy a intentarlo. De eso puedes estar seguro.

—¿A qué estamos esperando entonces?

—¡Vamos!

Volvieron a la plazuela. Entonces, Alina vio que las laderas se llenaban de gente, lo que hizo que el Valle cobrase el aspecto de unas inmensas gradas de un circo romano.

—¿Estás dispuesto? —inquirió el de la corona.

—Sí.

—Creo que conoces las normas; pero, de todos modos, voy a recordártelas. Cada obstáculo que no puedas atravesar limpiamente durante la carrera, significará un envejecimiento de diez años. Hay veinte obstáculos en total, lo que quiere decir que si los fallas todos, te convertirás en una de esas

momias, con más de doscientos años de edad.

—¡Todo eso lo sé!

—Está bien, pero creo que lo que ignoras es que sabemos conservar la vida de esos vejestorios, lo que hace que su existencia sea lo más miserable que pueda concebirse: padecen achaques de todo tipo, sus huesos se retuercen y deforman por el reumatismo y la artrosis, les ahoga el asma, y la poca piel que recubre sus esqueletos está cubierta de llagas purulentas.

—¡Oh! —no pudo menos que exclamar la aterrorizada Alina.

Ulises se volvió hacia ella.

—Creo, amor mío —le dijo con voz dulce—, que ahora empiezas a comprender la clase de enemigos que todas las humanidades tienen. Pero no temas: les daremos una hermosa lección.

El de la corona se echó a reír.

—Todos esos viejos momificados hablaron como tú antes de iniciar la carrera, Ulises.

—¡Ya hemos perdido demasiado tiempo!

—De acuerdo. Puedes colocarte en la línea de salida. Cuando el trueno ruja, podrás echar a correr.

—De acuerdo.

Se volvió de nuevo hacia Alina, a la que se acercó para besarle en los labios.

—¡No temas nada, amor!

—¡Ten mucho cuidado, Ulises!

* * *

Una brecha, hecha por un relámpago cerúleo, abrió en dos el cielo plomizo sobre el amplio Valle de la Muerte. Casi

en seguida, un trueno estentóreo se dejó oír, repetido mil veces por el eco de las rocosas laderas.

En pie, en la plataforma, parcialmente rodeada por los Negativos, Alina movió los trémulos labios en un fervoroso impulso, al tiempo que se estremecía de pies a cabeza.

Lanzándose como una flecha, Ulises se precipitó hacia adelante.

Alina, viéndole de tal guisa, no pudo menos que recordar las viejas imágenes de las películas del siglo XX, en las que se plasmaban escenas de las remotas Olimpiadas de la Antigüedad.

De repente, cuando apenas había recorrido medio centenar de metros, un profundo abismo se abrió ante Ulises, y la muchacha no pudo evitar un grito de horror.

Pero como impulsado por una fuerza formidable, Ulises pareció separarse del suelo, describiendo una graciosa parábola que le llevó al otro borde de la sima, prosiguiendo su carrera como si nada hubiera ocurrido.

Quince segundos más tarde, Alina vio con pavor que las paredes del valle, delante de su amado, se cerraban velozmente, amenazando, en cuanto él llegara, aplastarle entre la masa ingente de rocas.

Creyó la muchacha que el corazón iba a paralizársele.

La angosta brecha se hacía más y más pequeña. Todo parecía decir que Ulises no conseguiría atravesarla jamás, ya que desde el lugar en el que se encontraba Alina, apenas si había ya espacio para que el poderoso cuerpo del hombre pasara por ella.

Pero, de nuevo, ante el asombro de la mujer, Ulises, lanzándose en un prodigioso salto, al tiempo que se ponía de lado, consiguió pasar, rozando las paredes, que se cerraron bruscamente tras él.

Uno a uno, los obstáculos fueron complicándose más y más. Barrera de fuego, suelo convertido en rugiente lava,

lluvia de piedras que amenazaron más de una vez la integridad física de Ulises.

Separando su angustiosa mirada del hombre al que amaba, Alina miró de reojo al de la corona, que estaba a su lado, asistiendo a una profunda modificación en sus rasgos, que dejaron de ser bellos para adquirir una expresión diabólica.

Como si se hubiese percatado de que le estaban mirando, el Negativo tornó su rostro descompuesto hacia la muchacha.

—¡Nunca pasará la última prueba! —dijo con voz ronca.

Porque Ulises estaba terminando las diecinueve primeras, y ya cuando la joven empezaba a sentirse tranquila, las arteras palabras del Negativo pusieron una nueva zozobra en su pecho.

Entonces vio surgir ante Ulises la forma indefinida de una extraña criatura viscosa, de más de cuatro metros de altura, que emitía unos gruesos tentáculos, poniendo una barrera de masa moviente ante la carrera del hombre.

—¡La Gran Ameba! —rio el Negativo—. ¡No le dejará pasar!

El terror de Alina se multiplicó por cien al ver que Ulises, en vez de intentar rodear al monstruo, se lanzó sobre él, al tiempo que se llevaba ambas manos a la frente.

¡El choque era inevitable!

Con el corazón latiéndole desaforadamente, la muchacha asistió al formidable impacto de Ulises contra la monstruosa masa de la Gran Ameba, junto a la cual apenas era visible. Era el choque entre la insignificancia de un cuerpo humano y la Masa, en el sentido más extenso de la palabra: la masa primitiva, el primer cuerpo animal que surgió en el universo, pero miles de millones de veces más grande que las que empezaron a flotar sobre las aguas de los primitivos océanos.

Una especie de luz vivísima pareció rodear al cuerpo del hombre, como si fuera una refulgente armadura. Se

retorcieron los pseudópodos —los tentáculos— de la ameba, buscando afanosamente envolver a Ulises en su masa, absorberlo, integrarle en el gigantesco protoplasma.

Pero como si estuviera atravesando una gasa espesa, Ulises pasó al otro lado, protegido y envuelto por la luz, cayendo para, rodando sobre sí mismo, incorporarse triunfalmente.

—¡Ha vencido! —gritó Alina volviéndose hacia los Negativos.

No vio a nadie.

Todos, los de la plataforma y los de las laderas habían desaparecido como por ensalmo.

Vio entonces a Ulises que corría hacia ella, y sin poder contenerse, fue a su encuentro, estrechándole amorosamente entre sus trémulos brazos.

—¡Amor!

—Ya está hecho, Alina querida.

—Has triunfado.

—Sí, pero porque tu cariño no me ha dejado ni un solo instante.

Segundo Viaje

LA ESFINGE-ORDENADOR

Ella volvió el rostro hada él. Ulises dormía a su lado, habiendo confiado los mandos de la nave a la ordenadora previamente programada para ello.

Le miró como sólo miran las mujeres verdaderamente enamoradas.

Estaba orgullosa de él.

Viéndole dormido a su lado, como un niño, Alina sintió vibrar en su pecho todo el instinto maternal que yacía en lo hondo de su corazón; pero al mismo tiempo que sentía el impetuoso deseo de cuidar de Ulises, se sentía dulcemente sometida a él, sabiéndole fuerte, valiente, prácticamente invencible.

La terrible Carrera de Kronos le había demostrado que el hombre al que amaba poseía una voluntad de hierro y un coraje a- toda prueba.

Y aquél era su hombre, el objeto y final de su existencia, como para él lo era ella.

Suspiró.

Todavía le quemaban la piel las ardientes caricias que Ulises le había prodigado. Nunca había imaginado Alina que podría alcanzar una felicidad tan completa.

A través del ojo de buey deja alcoba, la muchacha veía el desfile ininterrumpido de estrellas, el fugaz llamear de un cometa o el paso punteado de un rebaño de meteoritos que los mecanismos especiales de repulsión del Desafío evitaban con matemática justeza.

No le había dicho nada Ulises de la próxima prueba, ya que cada viaje comportaba una distinta; pero Alina prefería que fuera así, de modo a no angustiarse antes de que el evento tuviese lugar.

Ahora la mujer pensaba sólo en el hombre amado, y en la dicha que para ella había sido encontrarlo. Se dejaba adormecer por los recientes recuerdos de su combate amoroso, y toda su carne seguía vibrando como si las fuertes y dulces manos, al mismo tiempo, de su amante la recorrieran

aún.

¿Qué más podía pedir?

Amaba y era amada. El resto carecía de importancia. Ni siquiera se atrevía a proyectar su dicha hacia el futuro, bastándola la maravillosa seguridad de un presente con el que ni siquiera se hubiera atrevido a soñar.

Fue entonces cuando el hombre despertó, abriendo los ojos, y sonriéndose al tropezar con los ojos de ella.

Alina se inclinó, posando sus labios ardientes en los de Ulises.

—Amor…

Él se dejó besar, tiernamente, sin dejar de mirar a los ojos que la mujer había cerrado para besarle. Cuando ella, con los labios húmedos y brillantes como gajos de un fruto, separó su rostro del hombre, éste sonreía aún.

—Gracias, querida.

—¿Gracias? —sonrió ella a su vez—. Tendría que ser yo quien te las diese.

—Gracias por tu presencia, amor mío —prosiguió diciendo él—; gracias por todo lo que me das y todo lo que me darás.

Luego, volviendo bruscamente a la realidad, inquirió:

—¿Dónde estamos?

—No lo sé.

—Voy a echar una ojeada al mapa cósmico. No creo que falte mucho para llegar a nuestro nuevo destino.

Ella no le formuló la pregunta que le quemaba los labios, siguiéndole con una amorosa mirada cuando él salió de la cabina para dirigirse a la sala de mandos, de la que regresó algunos minutos más tarde.

—Estamos llegando, querida.

—¿Dónde?

—Al planeta de la Esfinge.

—¿Qué clase de mundo es ése?

El sonrió levemente.

—Otro de los mundos de los Negativos.

—¿Y qué papel juega esa esfinge?

Ulises se inclinó sobre ella, besándola en la frente.

—Refrena tu curiosidad, amor. Empiezo a conocerte, y no quiero que sufras por anticipado. Hemos atravesado dos pruebas, la del Vórtice y la del Valle de Kronos. Pero eso no significa que hayamos vencido aún.

—Cada vez que hablas así, querido, tengo miedo. No puedo evitarlo.

—Lo sé. Por eso prefiero no decirte nada.

—Entonces, mientras llegamos, ¿por qué no vienes a mi lado?

Él se echó a reír.

—¿Cómo declinar una invitación de esa clase? —dijo echándose junto a ella—. Ningún hombre en su sano juicio podría volver la espalda a la promesa que estoy leyendo en tus ojos.

—¡Tonto!

La rodeó con sus brazos, mientras ella, con los ojos cerrados, ofrecía su boca a la de él.

Las manos de Ulises recorrieron una vez más el maravilloso cuerpo de la muchacha, asombrándose de descubrir cada vez nuevas sensaciones, como si lo que ella le ofrecía guardase un contenido de inmaculada virginidad.

* * *

La nave se posó blandamente en una llanura arenosa, como el más desolado de los desiertos. Un cielo de un azul muy claro, casi blando, sin una sola nube, dejaba ver la doble

esfera de dos soles gemelos que vertían sobre el suelo el calor duplicado de su abrasadora energía.

Gracias a los trajes inventados por Ulises, no sintieron ninguna sensación de ahogo al bajar de la nave.

Frente a ellos, alzándose cien codos sobre tierra, se levantaba una estatua tan gigantesca como repelente, coronada por la cabeza de un coyote, largo cuello de jirafa, enormes hombros de un Hércules, manos fláccidas y caídas como vejigas vacías y dos patas anchas como la de un topo.

Sólo los ojos del coyote no eran de piedra, estando ocupadas las órbitas por dos gemas refulgentes. La parte posterior de aquel híbrido animal lo constituía el cuerpo metálico de una supercalculadora, con los paneles repletos de mandos y sembrados de pantallas. La parte «máquina» de la Esfinge poseía las dimensiones de una casa de cuatro pisos.

Precisamente, de una de las partes de la «máquina» salieron tres hombres vestidos rigurosamente de negro. Los tres eran rubios y quizá, a juicio de Alina, aún más hermosos que los Negativos que había conocido en el Valle de la Muerte.

Uno de ellos se adelantó, inclinándose ante Ulises, imitado por los otros dos que se quedaron a una prudencial distancia.

—Me llamó Epsilón —dijo el hombre de negro—, y es para mí un honor saludar a alguien que ha salido vencedor en la Carrera de Kronos.

Esperó unos instantes a que el visitante le devolviera el saludo, pero Ulises no hizo comentario alguno.

Entonces, Epsilón sonrió.

—Es una lástima —dijo con una sonrisa burlona a flor de labios— que un vencedor de tu talla tenga que perecer ante la Esfinge-Ordenadora.

Tampoco contestó Ulises esta vez.

—De todos modos —prosiguió diciendo el hombre de

negro—, puede que se te presente la oportunidad de arrepentirte. No serás el primero en enfrentarte con la Esfinge. Hay otro que espera desde hace tiempo.

Ulises frunció el ceño.

—¿Puedo saber de quién se trata?

—Con mucho gusto, puesto que si no lo conoces personalmente, habrás oído hablar de él.

—¿Quién es?

—El profesor Urkizón.

Una sombra pasó por los ojos de Ulises. No, no conocía personalmente a aquel portento de las Matemáticas y de la Física, pero no sólo había oído hablar de él, sino que leyó casi todos los trabajos que el sabio hizo pasar por los canales de enseñanza de la televisión universal.

—¿Qué ha hecho para ser traído aquí?

—Cometer la locura de afirmar que nada ni nadie podrá evitar que el hombre evolucione hacia la individualidad.

—Así ha de ser, Epsilón —sonrió Ulises.

—Estás tan loco como él. Pero conozco los motivos de tu arribada. Él es un gran sabio, tú eres un soñador peligroso.

Ulises se encogió de hombros.

—Tengo poco tiempo —dijo mirando fijamente al hombre de negro—. He de recorrer mucho camino hasta llegar a vuestro Núcleo Central.

El otro soltó una sonora carcajada.

—¡No eres más que un pobre iluso! —exclamó con sorna —. El que hayas vencido en Kronos, no quiere decir que saldrás ganador ante la Esfinge. En el Valle sólo utilizaste tu ingenio y tus habilidades físicas. Aquí, Ulises, se trata de algo distinto.

—Lo sé.

—¿Y piensas vencer a la Esfinge?

Ulises se encogió de hombros.

El otro soltó una carcajada. Y justo en aquel instante, otros hombres, igualmente vestidos de negro, surgieron de una de las puertas de la «máquina», trayendo con ellos a un prisionero.

Elías Urkizón tenía toda la apariencia del intelectual puro. Frente enorme en una cabeza de gran tamaño. Cuerpo menudo. Ojos dulces, casi infantiles, llenos de una luz que resplandecía de candidez, de bondad y de comprensión.

Le empujaron hasta situarle ante la Esfinge, justo bajo los brillantes ojos de un intenso verde esmeralda.

El que parecía llevar la voz cantante, Epsilón, se acercó al sabio.

—La Esfinge —anunció con voz tonante— va a formularte tres preguntas. Si las contestas correctamente, quedarás en libertad y serás devuelto a tu planeta de origen.

—¿Y si no las contesto? —inquirió el sabio con voz dulce.

El Negativo sonrió.

—Procura contestarlas. Ahora puedes demostrar la verdadera potencia de tu mente, ya que la Esfinge te hará las preguntas en tres segundos, complicando su contenido de forma progresiva.

—¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Es a esas complicaciones a las que debes temer, ya que los resultados han de ser lo suficientemente veloces para responder antes que ella lo haga.

Urkizón asintió con la cabeza.

—Haré lo posible —dijo con sencillez.

—¿Estás preparado?

—Sí.

—¡De acuerdo! ¡Buena suerte!

Se retiró el Negativo unos pasos, alzando entonces ambos brazos, en actitud dramática. Casi en seguida, una voz

potente, salida de las entrañas de la Esfinge, formuló, a una velocidad increíble la primera pregunta:

—Ecuación matemática de la órbita de un spin en un neutrino que acaba de recibir el impacto de una partícula gamma…

El sabio empezó a hablar, expresándose en signos matemáticos; pero apenas llevaba media docena de palabras dichas, cuando la Esfinge lanzó su primera complicación.

—Aceleración reducida a un tercio en un medio vacío.

Entonces… —empezó Urkizón.

—Desviación por choque con una nueva partícula de alto peso atómico.

—En ese caso…

Ante los ojos de Ulises, tranquilos y fríos, y los de Alina, que se desmesuraban más y más, se desarrolló un espectáculo dantesco.

El sabio, llevándose las manos a la cabeza, la movía velozmente de un lado a otro, como si quisiera escapar a algo terrible que estaba aconteciendo en su cerebro.

La Esfinge seguía incluyendo variantes, ahora relacionadas con la segunda pregunta.

Epsilón empezó a reírse.

Bruscamente, el sabio cayó de rodillas. Se volvió luego, con la boca babeante, los ojos estrábicos, con una terrible mirada de alucinado.

El Negativo le señaló con el dedo.

—¡Fíjate, Ulises! Su cerebro se ha licuado… al intentar seguir el proceso de cálculo de la Esfinge. ¡Mírale bien! ¡Se ha convertido en un imbécil!

La mano de Alina se apoderó de la del hombre.

Ulises la apretó con fuerza en la suya, como para brindarle la confianza que ella necesitaba tanto.

Epsilón, con una risa burlona, se acercó al hombre.

—Te toca a ti, Ulises. A menos que aceptes la proposición que se me ha autorizado a formularte.

—¿De qué se trata?

—Desearíamos que trabajases con nosotros.

Ahora fue Ulises quien sonrió.

—Pierdes el tiempo. Bien sabes que lo que deseo es destruiros.

El otro se encogió de hombros.

—¡Allá tú! Pero después de lo que has visto, ¿crees, estúpido, que podrás hacer más que lo que ese sabio ha intentado hacer?

Ulises le miró de arriba abajo, como si contemplase al más repugnante de los insectos.

—Estoy preparado —dijo adelantándose hacia el lugar que Urkizón había ocupado.

El Negativo alzó los brazos.

Sin poderlo evitar, Alina cerró los ojos, pero sus oídos se abrieron para escuchar lo que tanto temía, y aunque estaba segura de no comprender ninguna palabra de las que pronunciase la Esfinge, pensando en lo ocurrido al sabio, se echó a temblar.

La Esfinge planteó un complejo problema de Física Cuántica, digno de ser contestado por un Premio Nobel. Pero, ante el asombro de los presentes, especialmente de los hombres vestidos de negro, Ulises respondió con una velocidad vertiginosa, sin detenerse ante las maliciosas variantes que el monstruo ordenador le iba formulando.

No falló ni una sola vez, y adelantándose a la celeridad de los mecanismos de la Esfinge, parecía adivinar la siguiente pregunta, las variaciones que iban a producirse.

No cumplió la Esfinge su compromiso de formular solamente tres preguntas, sino que siguió lanzándolas, en número creciente, con mayor y mayor velocidad, buscando, como lo había hecho antes con el sabio, forzar el cerebro de

Ulises, haciéndolo estallar como una bomba.

Más ocurrió lo contrario.

Incapaz de mantener aquel endiablado ritmo, los mecanismos de la Esfinge acusaron una fatiga que terminó, veinte minutos más tarde, con un verdadero colapso en sus unidades de cálculo.

Y la ordenadora se calló, incapaz de seguir.

Pálido como un muerto, Epsilón miró al hombre.

—¡Nunca lo hubiese creído! —exclamó.

Ulises sonrió.

—He vencido en la prueba. Tu deber es dejarme seguir.

—Sí, ya lo sé... Pero ¿por qué no reflexionas? A nuestro lado alcanzarías puestos de mando de la mayor importancia. Dominarías a cientos, a miles de millones de hombres.

—Tengo bastante con dominarme a mí mismo.

—¿Crees acaso que vencerás las dificultades que te faltan?

—Por eso inicié este viaje.

—Tu odisea.

—Eso es.

—Jamás llegarás a nuestro Centro.

—Espero que sí. Porque sé que allí reside el Cerebro. Y es eso lo que deseo ardientemente destruir.

—¡Estás loco!

Ulises se acercó a Alina, que le ofreció generosamente los labios.

—¡Vamos, querida!

Tercer Viaje

LAS SIRENAS COSMICAS

La confianza había anclado en el corazón de Alina. Con la cabeza apoyada en el hombro de Ulises, en la sala de mandos de la cosmonave, se dejaba arrastrar por una voluptuosa sensación de felicidad.

—Eres maravilloso.

Ulises sonrió.

—No lo creas, amor. No hay nada maravilloso en mí, y sin la Piedra Negra de Akrón, nada sería.

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué no, Alina? Es la verdad. Y no creas que no me duele el ser algo importante por el mero hecho de que los akronianos me injertasen esa piedra bajo la piel. Si hay algo que minimiza al hombre es la dependencia, de la clase que fuera.

Lanzó un suspiro.

—Si no fuese porque la Piedra justifica mi lucha contra los Negativos, me sentiría inmensamente defraudado.

—Yo te amo tal y como eres.

—Lo sé. Y lo creas o no, ésa es mi mayor felicidad.

—Dame un beso.

Él se inclinó, posando sus labios sobre los de la mujer.

Entonces, súbitamente, la nave dio un respingo, como si una fuerza colosal la empujase hacia arriba. Escoró de tal modo, que hombre y mujer debieron agarrarse a los sillones para no caer en el suelo.

—¿Qué ocurre?

—¡Ponte el cinturón, Alina!

Ella obedeció, mientras que nuevos embates sacudían la nave, alzándola cientos de kilómetros para después dejar que

se desplomase otro tanto.

Ulises, desconectando el mecanismo automático, se apoderó de los mandos, que apretó con mano firme.

—Parece que atravesásemos un mar embravecido —exclamó Alina.

—Son los géiseres nucleares.

—¿Los qué...?

—Los géiseres nucleares. Chorros atómicos en ebullición que ascienden, si se puede hablar así en el espacio, miles de kilómetros. Algo parecido a lo que ocurre en la superficie de nuestro sol.

En efecto, rugientes chorros les empujaban, haciendo que la cosmonave brincase como una minúscula barca en las crestas espumosas de olas desmesuradas.

—Es horrible, Ulises.

—Y muy peligroso, querida. Si uno de estos géiseres nos hiciera caer en el foso entre dos de ellos, nos desintegraríamos en una corta fracción de segundo.

—¿Cómo evitarlo?

—Manteniéndonos, cueste lo que cueste, en las crestas de este oleaje. Poco importa que saltemos de una a otra. Lo que debemos evitar es hundirnos.

A pesar de los sistemas de climatización del *Desafío*, un calor asfixiante empezó a envolver a los dos tripulantes. Inquieto, Ulises miró por el grueso parabrisas, comprobando que las lenguas de fuego nuclear devoraban glotonamente el casco de la nave.

Por suerte, la nave espacial estaba dotada de una serie de capas, todas ellas de gran resistencia, que podían desprenderse como las de una cebolla, ofreciendo nuevas superficies al ansia devoradora de los geiseres.

Tan bruscamente como los rugientes géiseres habían rodeado al *Desafío*, la calma surgió, y la cosmonave pareció lanzarse sobre una superficie tersa, unida y al mismo tiempo

infinita. La ausencia total de estrellas daba a aquel nuevo camino espacial un aspecto de materialización, como si la astronave se deslizase por una superficie sólida, un mar congelado que tuviera la particularidad de ser completamente negro.

No obstante, viniendo al mismo tiempo de los cuatro puntos cardinales del horizonte, un resplandor multicolor, que iba del rosa pálido al añil intenso, ponía tonos de indudable belleza sobre lo que se hubiese tomado por una infinita capa de asfalto.

Extrañada, Alina no pudo por menos que preguntar:

—¿Dónde estamos, Ulises?

—Nunca estuve aquí —respondió el hombre—, pero he oído hablar de esta zona del espacio, a la que llaman Mar Cósmico.

—Y tienen razón. Se diría que nos deslizamos por las aguas de un mar o de un gran lado.

Extendiendo la mano, Ulises se apoderó de una de las de la muchacha.

—No sé qué clase de prueba tendremos que soportar en este lugar, amor mío, pero estoy seguro de que has recobrado la calma.

Ella le miró con un ardor encendido en las pupilas.

—¿Cómo quieres que esté inquieta, Ulises?

—¿Y por qué no habrías de estarlo? —replicó él con una sonrisa a flor de labios.

—Porque ahora conozco mejor al hombre que tengo a mi lado.

Una sombra pasó por los ojos de Ulises.

—No me gusta que me sobrevaloren, Alina, y menos tú.

—Me limito a hacerte justicia. Y no creas que estoy pensando en esa dichosa Piedra Negra. No, es a ti a quien amo, y estoy absolutamente segura de que sin lo que llevas bajo la frente, hubieras hecho lo mismo.

Ulises movió dubitativamente la cabeza.

—No lo sé, cariño.

—Yo sí que lo sé. Porque te conozco ya muy bien. Porque sé que estás hecho de la misma materia con la que se hicieron los héroes de la antigüedad.

El hombre se echó a reír.

—Si te estás burlando de mí, lo acepto. Porque encuentro divertido lo que dices; pero si hablas en se…

La mano de Alina apretó con fuerza la suya.

—¡Calla! No estamos solos, Ulises.

El hombre se volvió, abriendo los ojos con asombro. Sentadas en los sillones posteriores de la cabina de mando, dos hermosas mujeres les miraban, con una encantadora sonrisa en los labios.

—¡Bien venido al Mar Cósmico, gran Ulises! —exclamaron las dos al mismo tiempo.

El hombre frunció el ceño.

—¿Quiénes sois?

—Las enviadas de Aneka, la reina de la isla de Eros.

—¿Una isla… aquí?

—Sólo es un nombre, el que damos a nuestro pequeño pero hermoso planeta. Aneka nos ha enviado a decirte que se sentirá hondamente honrada si aceptas su invitación de detenerte unos días en la isla.

Los ojos de Ulises brillaron intensamente.

—Se trata de otra prueba, ¿verdad?

—Puedes tomarlo así, si lo deseas —replicó la que había entablado conversación con él—, aunque no creo que pobres mujeres como nosotras podamos poner a prueba a un hombre como tú, que ha conseguido llegar hasta aquí.

—No intentes engañarme.

—Me llamo Olaida, y ésta es mi amiga Zora. No hay engaño en mis palabras, Ulises, ni en el deseo de Aneka. Pero

te conviene saber que nunca, ni siquiera un hombre de tu talla, saldrías del Mas Cósmico sin que alguna de nosotras te guiara.

—¿No se trata de alguna otra treta?

—No. Te hablo con completa sinceridad. El Mar Cósmico posee sólo una salida, que conduce directamente al lugar al que deseas dirigirte...

Olaida lanzó un suspiro, cortando la frase.

—...aunque es una pena que te empeñes en proseguir tu odisea, ya que nunca más saldrás de Negatrón.

—¿Es así como llamas a la guarida o al nido?

—Esos son nombres que utilizan sólo los que no son de los nuestros. Nos honra el nombre de Negativos porque representamos a la fuerza que, digas lo que digas, domina al universo.

—Por ahora.

—No seas iluso. Todos sabemos que eres fuerte, un hombre verdaderamente excepcional... además de tremendamente atractivo. Pero, hasta ahora, no has tenido que utilizar más que las armas de los hombres: tu fuerza, tu ingenio, tu valor, tu inteligencia.

—¿No son bastantes?

—No. Aquí, en el Más Cósmico, no hay más que un punto habitado, la isla de Eros. Bien sabes lo que significa esa palabra.

—Desde luego. Eros es el antiguo dios del amor.

—De un amor que no has conocido aún.

Alina había escuchado demasiado. Desde la misteriosa aparición de las dos hermosas mujeres, había experimentado una creciente inquietud, que fue convirtiéndose en rabia difícilmente contenida.

Por eso, sin poderlo evitar:

—¡Ulises conoce el verdadero amor! —lanzó con un tono

agrio en la voz.

Olaida sonrió.

—¿El que tú le has dado?

—¡Sí!

La sonrisa se acentuó en los bellos labios de la Negativa.

—¿Qué puede saber del amor una mujer terrícola? En Eros nos hemos amado desde hace millones de años. No se ha hecho otra cosa en la isla..., sólo amarse.

Alina, que ya había adivinado lo que podía existir entre las dos Negativas, sonrió con desprecio.

—¿Amarse... entre mujeres?

—¿Qué puede importar la identidad del ser amado? —replicó Olaida con un mohín de impertinencia—. El amor es una fuerza que no conoce la clase de cauce por el que discurre.

Intervino Ulises.

—Ahora entiendo —dijo—. El nombre de Eros oculta la verdadera expresión de ese lugar, que debería llamarse la isla de Lesbos.

—Y lesbianas a sus habitantes —dijo Alina con el mismo desprecio que antes.

—¿Qué importan los nombres?"—intervino Zora, que no había hablado hasta entonces.

Una ligera sonrisa se pintó en los labios de Ulises.

—Alina tiene razón —dijo—. Ninguna mujer, por hermosa que fuera, podría disminuir un ápice el amor que siento por mi compañera.

—Estamos llegando, Ulises —dijo Olaida sin comentar la última frase del hombre—. puedes ir aminorando la marcha de la astronave. Vamos a penetrar, dentro de poco, en la Bahía del Ensueño.

*   *   *

Jamás habían visto nada igual.

Un cielo malva de nubes rosadas. Y en él, cuatro soles gemelos que difundían la más delicada y tibia de las luces. Frondas de vegetación lujuriosa por doquier, y en el centro de la isla, una ciudad, no muy grande, en la que cada casa era un palacio blanco, con un pórtico de columnas jónicas, con calles y plazas en las que se veía, por todas partes, estatuas de desnudos masculinos y femeninos que parecían haber salido de las manos de Fidias.

Ulises y Alina fueron conducidos a la mansión habitada por la llamada reina Aneka, siendo introducidos en un enorme salón, en el que sobre una especie de trono de oro macizo se encontraba la soberana de la isla de Eros.

Desde que descendieron de la nave, las dos visitantes se desposeyeron de las túnicas que llevaban puestas, invitando a Ulises y a la muchacha a que hiciesen lo mismo.

—Es costumbre —explicó Olaida con una sonrisa— ir desnudos por la isla.

No tardó Alina en comprender que además de un uso, la desnudez de las mujeres con las que se fueron cruzando en su camino hacia el palacio, era una prueba más para Ulises... y un motivo de preocupación para ella.

Porque, a pesar de la hermosura de su cuerpo, la joven no tardó en percatarse que las mujeres de Eros eran la perfección misma, y no sólo en su aspecto corpóreo, sino en la forma que tenían de moverse, de ejecutar el menor gesto.

Parecía como si emanase de cada una de ellas el cálido vaho del deseo, y desde sus hermosos ojos acariciadores hasta cualquier otra parte de su preciosa anatomía, constituían una turbadora y permanente invitación.

Incluso para Alina.

Al percatarse de ello, la muchacha se estremeció de pies a

cabeza, comprendiendo perfectamente que en aquella situación también debería ella defenderse contra la prueba, que la alcanzaba de la misma manera que a su compañero.

Nunca había experimentado algo semejante.

Ahora debía mantenerse alerta, combatiendo con fuerza aquella maléfica atracción que las hermosas mujeres ejercían sobre ella, y que seguramente estaban ejerciendo sobre Ulises.

Cogida de la mano de su compañero, le miró de reojo, tranquilizándose inmediatamente, al comprobar la serenidad habitual de su mirada, como si nada de lo que desfilaba ante él le importase lo más mínimo.

Cuando finalmente estuvieron ante el trono de Aneka, volvió a turbarse Alina, al comprobar la forma con que la miraba la soberana de la isla de Eros.

—¡Os saludo cordialmente! —dijo Aneka—. Gracias por haber aceptado mi invitación. Pasaréis unos días aquí antes de que continuéis vuestro viaje… si es que para entonces lo deseáis.

—No tengas la menor duda de ello —replicó Ulises—. Nada ni nadie podrá desviarnos de nuestro camino.

—Será como tú lo desees, Ulises —dijo la soberana con una enigmática sonrisa—. Ahora permitid que os conduzcan a vuestros aposentos… naturalmente separados, hasta que volváis a encontraros para asistir al banquete que he organizado en vuestro honor.

* * *

La estancia a la que Ulises fue conducido era de dimensiones colosales. En el centro, un baño de tamaño colosal, que más parecía una piscina, ofrecía el color azul puro del agua que contenía. Más allá, en forma de círculo y con más de cinco metros de diámetro, un lecho inmenso ocupaba gran parte de la estancia.

Seis mujeres completamente desnudas habían acompañado al viajero del espacio.

—Vamos a bañarte —dijo una de ellas.

Nunca había conocido el rudo Ulises los delicados cuidados de que fue objeto durante el baño. Hundiéndose con él en el agua azul de la piscina, las mujeres se ocuparon de su cuerpo con una delicadeza sorprendente.

Una vez fuera, le tendieron en un pequeño lecho, procediendo a darle un masaje de extrema delicadeza y tan sabiamente estudiado, que Ulises tuvo que luchar desesperadamente contra el nacimiento de un deseo que estaba conturbándole.

Le tendieron luego en el lecho.

Con él las hermosas Negativas empezaron a juguetear, sin prisas, prodigándole toda clase de caricias y mimos.

Aferrado a su voluntad, Ulises se defendió largo tiempo. Luego, lenta e insidiosamente, acosado al mismo tiempo por los labios y las manos de las seis mujeres, sintió que sus fuerzas empezaban a flaquear.

De nuevo intentó sobreponerse, hasta que comprendió que el agua de la piscina debía contener alguna sustancia especial, quizá una mezcla de afrodisíacos, que junto a las caricias prodigadas por las Negativas, terminó por vencerle.

Lanzóse entonces a un combate amoroso múltiple, pasando de los brazos de una a otra, hasta que rendido, sin fuerza, se precipitó, con verdadera ansia, en el más profundo de los sueños.

Entonces una de las mujeres saltó prestamente del lecho enorme, volviendo poco después con una pequeña bolsa de la que extrajo algún instrumental quirúrgico.

Sus hábiles manos manejaron un minúsculo escalpelo con una habilidad sorprendente, y tras haber abierto una pequeña incisión en la frente del durmiente, extrajo, merced a unas pinzas, la pequeña masa redonda de la Piedra Negra.

*   *   *

Ante uno de los espejos, Alina, que estaba sola y se había bañado en una bañera común, miró inquisitivamente su hermoso desnudo.

Estaba inquieta.

Comprendía que de todas las pruebas que Ulises había sufrido, aquélla era la más peligrosa. Era indudable que Olaida había dicho la verdad al manifestar que el Héroe no podía emplear sus armas de hombre para combatir la insidiosa y lujuriosa forma de amar que reinaba en la isla de Eros.

Sintió miedo.

Y no solamente por el hombre al que amaba. También se hallaba ella en un mar de dudas, conturbada por aquella emanación que surgía de las hermosas habitantes del lugar.

Se daba cuenta, no obstante, que no era ella la que reaccionaba de aquella extraña manera, sino que se encontraba influida por el ambiente, ya que hasta el aire que se respiraba allí estaba indudablemente cargado de efluvios repletos de deseo.

—¡Hola!

La reina estaba ante ella.

Ahora, que podía contemplar a Aneka en pie, no pudo por menos que percatarse de la belleza increíble de aquella mujer, cuyo cuerpo era la perfección hecha carne.

Ni un solo detalle parecía escapar a las normas del más exigente de los artistas; pero a pesar de su belleza estatuaria, Aneka era sin duda alguna un ser vivo, del que parecía emanar una energía capaz de turbar a cualquiera.

La reina se acercó a ella.

Sus movimientos eran suaves como los de un felino. El

ondular de sus caderas ampulosas era como el cimbrear de un tallo que pareciese ir a troncharse de un momento a otro.

La sedosa cascada dorada de sus cabellos cubría casi totalmente sus senos, no dejando ver más que los tallos granulosos de sus pezones enhiestos.

—Le hemos vencido, Alina.

La muchacha sintió que un largo escalofrío recorría su espalda.

—¡No! —denegó con fuerza.

—Sí. El sublime Ulises ha dejado de ser un peligro para Negatrón.

—¡Mientes!

Aneka sonrió. Dio unos pasos, acercándose a la terrícola. Entonces, alargando la mano cerrada, la abrió, dejando ver el pequeño y esférico objeto negro que yacía sobre la palma.

—¿Sabes qué es esto?

—No.

—La Piedra Negra de Akrón que tu amado llevaba en la frente.

—¡No es posible!

—Ya ves que sí lo es. Sin ella, Ulises se ha convertido en un hombre común y corriente. Y hemos sido nosotras quienes le hemos vencido.

—¡Nunca venceréis a Ulises!

—No digas bobadas. Justamente venía para proponerte un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Muy sencillo. Estoy dispuesta a devolverte la Piedra Negra si accedes a entregarte a mí.

—¿Hacer el amor contigo?

—Eso es.

—¡Nunca!

—Piénsalo bien, Alina. Si me complaces podrás devolver la piedra a Ulises, y él volverá a ser el Héroe al que tú amas.

—Yo le quiero con y sin piedra. Bien lo sabes.

—No seas boba.

—Además, tú no me entregarías jamás la piedra. Porque entonces Ulises podría proseguir su viaje para destruir a Negatrón.

La hermosa reina se encogió de hombros.

—Poco me importa lo que Ulises y tú hagáis cuando tú me hayas complacido. ¿O es que no lo entiendes? Nosotras estamos destinadas únicamente a amar. El amor es lo más importante de nuestra vida. Aquí no ha penetrado jamás más hombre que Ulises, y si ordené que le quitasen esto fue para conseguirte.

Alina, mortalmente pálida, se puso a reflexionar intensamente. Por una parte, no daba crédito a aquella mujer; por otro lado, segura de que Ulises estaría perdido sin la piedra, no veía otra manera de conseguirla más que obedeciendo a la lesbiana.

¿No amaba a Ulises por encima de todo?

Entonces, ¿qué podía significar aquel sacrificio, si al consumarlo le devolvía sus perdidos poderes?

Lanzó un breve y quejumbroso suspiro.

—Está bien —dijo—. Acepto tu proposición, pero debes darme la piedra ahora mismo.

—Tómala.

Alina apretó el objeto en el interior de su mano cerrada.

Con una sonrisa en los labios, una amplia sonrisa de triunfo, Aneka señaló el gran lecho.

—Vamos, querida… —dijo.

Con la cabeza gacha, llena de temores, sintiendo subir por su garganta la amarga sensación de la náusea, Alina precedió a la reina camino de la cama.

Tenía unas inmensas ganas de llorar, pero el recuerdo presente de la imagen del hombre al que amaba le procuró las fuerzas suficientes para no vacilar en el último instante.

LA VICTORIA

No tardó ni un solo segundo en llevarse la mano a la frente, donde sentía un ligero escozor. Sus dedos encontraron en seguida la pequeña brecha abierta en su piel, lo que le hizo comprender que le habían arrancado la Piedra Negra.

Se quedó quieto.

Por un instante, uno sólo, pareció aceptar fatalmente su derrota, llegando a la conclusión de que no sólo los poderes extraordinarios que la Piedra Negra le había otorgado iban a perderse, sino que su potente cerebro se vería afectado por la incruenta extirpación de que había sido objeto.

Estaba solo en la estancia.

No sintió, ni por un solo instante, remordimiento por lo que había hecho, sabiendo que no obró por propia voluntad, sino por las sustancias que las Negativas habían vertido en el agua de la piscina.

De todos modos había perdido y...

¿Perdido?

Fue como si la totalidad de su cerebro se trasformase en voluntad, como si todos los resortes que creía haber perdido volviesen a funcionar de nuevo, y aún con mayor fuerza que antes.

La imagen de Alina se incrustó en su mente, y entonces, como un relámpago, comprendió la verdad.

¡La única y gran verdad!

De un poderoso salto bajó del lecho, precipitándose hacia la puerta. Al abrirla vio a las seis mujeres en una habitación contigua, entregadas a un placer colectivo, entremezclados sus cuerpos como un monstruo de doce brazos y doce piernas.

Iba a abalanzarse sobre ellas cuando sus poderes telepáticos recobrados le hicieron saber que Alina se encontraba en peligro.

Le fue sencillo orientarse, corriendo como si estuviese repitiendo la hazaña de la Carrera del Valle de Kronos. Atravesó salas y más salas, se precipitó a lo largo de numerosos pasillos, empujando finalmente una puerta, tras la cual, estaba seguro, se encontraba la mujer a la que amaba.

No perdió un solo instante.

Precipitándose hacia el lecho, cogió por los cabellos a la reina Aneka, cuyo lascivo cuerpo se estaba acercando progresivamente al de Alina.

—¡Ulises!

Pero el hombre no la escuchaba.

Una de sus poderosas manos se ceñía al frágil cuerpo de Aneka, cuyos ojos se iban desorbitando más y más.

—¡Sucia perra! —rugió Ulises—. Tu plan era perfecto. Al corromper a Alina, destruías, esta vez de verdad, mi propia potencia.

—¡No me mates! —gimió en un susurro la reina.

—¡Pues claro que voy a destruirte!

—No lo hagas. Soy muy hermosa, y todo lo que poseo es mi cuerpo.

—¡Un cuerpo destinado a la corrupción!

—¡Espera! Puedo llevarte adonde deseas.

La presión de los dedos de Ulises disminuyó un tanto. Aquello era precisamente lo que había esperado, ya que no estaba dispuesto a eliminar a aquella mujer, que más iba a

servirle viva que muerta.

—¡Vamos, Alina!

Momentos después abandonaban la ciudad, dirigiéndose al lugar en que se hallaba la astronave.

* * *

Eran como dos inmensas nubes, separadas por una especie de estrecho desfiladero.

—Es por ahí —dijo Aneka que estaba sentada junto a Ulises.

—Bien.

Hubo un corto silencio, antes que la reina, mirando de reojo al hombre, dijera:

—Sabes muy bien que hubiera podido salir de la nave y desaparecer, ¿verdad?

—Lo sé.

—Pero no sabes por qué no lo he hecho.

—No.

Ella sonrió.

—Como tú y como casi todos los Negativos, poseo propiedades telepáticas. Cuando mis servidoras me trajeron la Piedra Negra que te habían extirpado mientras dormías, me di cuenta de que el reino, mi reino, había dejado de existir.

—No entiendo.

—Tú amaste a seis de mis mujeres. Era la primera vez que se entregaban a un hombre.

—¿Y qué?

—Que les hiciste descubrir algo que desconocían.

—¡Mientes!

—¿Por qué?

—Porque yo las vi, al dejar mi cuarto, entregadas a una de vuestras repugnantes orgías.

—Yo les ordené mentalmente que lo hicieran. Deseaba arrancar de ellas la semilla que tú habías plantado, pero no lo conseguí. Apenas pasaste junto a ellas, que se separaron, peleando como gatas enfurecidas.

—Entiendo.

—Igual me ocurrió a mí. Cuando me cogiste por el cuello, tu cuerpo estaba junto al mío. Y entonces sentí por vez primera todo lo que deseaba que un hombre me amase.

—¿Cambia eso en algo las cosas?

—Mucho. Vas a destruir el Cerebro, ¿no?

—Sí.

—Vas a hacer mucho más, Ulises. Vas a instaurar el reino del verdadero amor. Y por vez primera, cuando me devuelvas a mi isla, el nombre de Eros demostrará la verdad de una nueva existencia.

—¿Qué vas a hacer?

—Habrá en la isla tantos hombres como mujeres. Olvidaremos nuestras viejas costumbres, y conoceremos... ¡ya era hora!, la verdadera felicidad.

—Me alegro por ti.

—¿Crees acaso que estaría a tu lado, colaborando contigo, si no fuese porque me has hecho descubrir el verdadero amor?

—No es el verdadero, Aneka.

—Lo sé. Comprendo a lo que te refieres. Pero es un hermoso principio. Porque estoy segura de que cada una de nosotras aprenderá a amar, más allá de los límites de la carne.

La nave había atravesado el desfiladero entre las dos grandes nubes. Al otro lado, apareció un planeta minúsculo, más bien un cuerpo estelar, en cuyo centro se alzaba una estructura metálica refulgente.

—Ese es el Cerebro —dijo la mujer.

—He soñado siempre con este momento —repuso Ulises —. Ahora ha llegado el momento de actuar.

—¿Cómo vas a destruirlo?

—Hace tiempo que construí un arma para, hacerlo. Un proyectil no desintegrador, sino que desencadenará una mutación que hará que todo eso pase a ser materia en vez de antimateria.

—Comprendo.

Ulises situó la nave en un lugar propicio para el lanzamiento. Luego, sin la menor duda, oprimió un botón situado a un lado del tablero de mandos.

Un fuerte rugido se dejó oír. Algo brillante surcó el espacio a una velocidad increíble. Luego, allá abajo, un relámpago cegador coincidió con el impacto.

Al volver la luz natural, procedente de un sol lejano y muy pequeño, no quedaba sobre el suelo del asteroide más que el dibujo de los cimientos sobre los que había reposado el Cerebro.

* * *

—Cariño…

Ulises se volvió para recibir en los labios un dulce beso de Alina.

—Todo ha terminado —dijo.

—¿Qué va a suceder ahora?

—Muchas cosas. Sin la influencia nefasta de los Negativos, las gentes de los planetas habitados volverán a pensar, a leer y a escribir.

«Sin fuerza, los Legisladores serán abandonados, y los mundos volverán a disfrutar de la libertad que da la pluralidad de los individuos».

—Será maravilloso.

—Más maravilloso es haberme dado cuenta de que la Piedra Negra no tenía ningún valor.

—¿Qué estás diciendo?

—La verdad.

Alina hundió la mano en uno de sus bolsillos, exhibiendo el objeto que Aneka le había entregado.

—¡Y yo que pensaba colocártela otra vez en la frente!

—Puedes tirarla, Alina.

—Pero, ¿cómo puedes decir eso? ¿Acaso no fuiste fuerte gracias a ella?

—Eso mismo fue lo que yo creía.

—¿Entonces?

—Fuiste tú, cariño, quien me permitió descubrir la verdad. Antes de conocerte, contaba tanto con la piedra, que me hubiese sentido sin ella, incapaz de hacer nada de lo que acometí.

—¿Igual que Sansón?

—Igual que él, cuya fuerza residía en sus largos cabellos.

—Pero tú venciste gracias a ella.

—En cierto modo, sí. Antes de conocer la verdad, yo estaba convencido de sus extraordinarios poderes. Ahora comprendo cuán maravillosos son los habitantes de Akrón.

—No te entiendo.

—Esa piedra, amor mío, es sencillamente la Ilusión, la Fe. Es ese poder mágico que concreta la confianza en sí mismo que cada hombre posee. Sin ella, sin la seguridad de estar haciendo algo útil y hermoso al mismo tiempo, nada sería posible.

—¿Sólo esa ilusión?

—Aparentemente. Eso fue para mí, antes de conocerte, aunque ya, en mi ilusión primaria, había la seguridad intuitiva de encontrarte algún día.

—¿Qué quieres decir?

—Que la significación exacta de la piedra es el Amor.

—¡Oh!

—Sí, Alina. El amor: la más poderosa máquina que mueve a los humanos, la fuerza viva que hace posible todo lo que el hombre emprende. Pero Amor en el sentido más amplio de la palabra: amor a los otros hombres, amor a la verdad, a la libertad… y amor al ser querido al que elegimos como compañero de nuestra existencia.

—¡Qué cosas más hermosas estás diciendo!

—Es la verdad. Todo lo malo que ha acontecido a la especie humana, ha ocurrido por falta de amor. Las guerras, los conflictos, los malos tratos, la despiadada manera de comportarse los unos con los otros. Nada de eso hubiera ocurrido si el amor hubiese estado en el corazón de cada hombre, de cada mujer…

Ella le besó de nuevo.

—Regresamos a la Tierra, ¿verdad?

—Sí. Hay mucho que hacer en el planeta azul, mucho. Ayudar a que los hombres recobren su propia personalidad, que colaboren los unos estrechamente con los otros.

—Será estupendo.

—Igual habrá de ocurrir en cada mundo habitado de nuestra galaxia.

—¿Y en las otras?

Una sombra pasó por los ojos de Ulises.

—Estaremos preparados.

—¿Para qué?

—Para la próxima embestida de los Negativos.

Ella abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Es que no los has destruido al terminar con el Cerebro?

—Desgraciadamente, no.

—¿Qué quieres decir?

—Que el Mal no podrá desaparecer hasta que el Amor no inunde los confines del universo. Lejos de nuestra galaxia, estoy seguro, otros Negativos se preparan a actuar. Nuevas naves surcarán el espacio, cargadas de promesas falsas de una felicidad que sólo consiguen anulando los poderes del alma. Pero estaremos preparados, Alina. Porque siempre, en el mañana, habrá un Ulises dispuesto a emprender una nueva odisea.

FIN



2

COLECCIONES APASIONANTES CADA SEMANA



TEMAS DE EVASION



TEMAS DE EVASION

SEXY STAR

Dos modernas selecciones de relatos eróticos sentimentales, escritos por los más expertos autores del género

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 40 ptas. IMPRESO EN ESPAÑA, PRINTED IN SPAIN